

GUÍA PARA **DIRIGENTES** DE LA **RAMA CAMINANTES**



Un método de educación no formal
para jóvenes de 14 a 18 años

GUÍA PARA **DIRIGENTES** DE LA **RAMA CAMINANTES**

Un método de educación no formal
para jóvenes de 14 a 18 años

EDICIONES



SCOUTS

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser
traducida o adaptada a ningún idioma,
como tampoco puede ser reproducida, almacenada
o transmitida en manera alguna ni por ningún medio,
incluyendo las ilustraciones y el diseño de las cubiertas,
sin permiso previo y por escrito de la
Oficina Scout Mundial, Región Interamericana.

La reserva de derechos antes mencionada rige igualmente
para las asociaciones scouts nacionales miembros
de la Organización Mundial del Movimiento Scout.

Registro de Propiedad Intelectual: 166563

ISBN: 978-956-8057-18-3

Primera edición: 2.000 ejemplares. Octubre 2007



Oficina Scout Mundial Región Interamericana

Av. Lyon 1085,
6650426 Providencia, Santiago, Chile
tel. (56 2) 225 75 61
fax (56 2) 225 65 51
interamerica@scout.org
www.scout.org

Índice

	Página
Presentación	5
Capítulo 1	
<i>La identidad personal</i>	
La adolescencia	9
La identidad personal	24
El contexto social y la identidad personal	33
Conductas de riesgo, factores protectores y resiliencia	43
Capítulo 2	
<i>Los valores scouts</i>	
El sistema de valores scouts	57
La Ley Scout	68
La Renovación de la Promesa	84
Capítulo 3	
<i>El método scout</i>	
Los componentes del método scout	93
La vida de grupo	104
Énfasis educativos en la adolescencia media	108
El marco simbólico	116
Capítulo 4	
<i>Los dirigentes scouts</i>	
Los líderes y el gobierno de la Comunidad	125
Los líderes y la educación de los jóvenes	135
Los líderes, los padres y la formación de redes	146
Capítulo 5	
<i>El Equipo y la Comunidad de Caminantes</i>	
El sistema de equipos en la Comunidad de Caminantes	163
El Equipo de Caminantes	179
El grupo de trabajo	202
Naturaleza de la Comunidad de Caminantes	213
Estructura de la Comunidad de Caminantes	221
Identidad de la Comunidad de Caminantes	227

Capítulo 6

Áreas de crecimiento y objetivos educativos

Las áreas de crecimiento	233
Naturaleza de los objetivos educativos	246
La propuesta de objetivos	255
Las etapas de progresión	288

Capítulo 7

Las actividades educativas

Objetivos, actividades y experiencias	295
Las actividades fijas	302
Las actividades variables	314
El proyecto	319
Las competencias	330

Capítulo 8

El ciclo de programa

Conceptos generales	343
Diagnóstico de la Comunidad	350
Propuesta y selección de actividades y proyectos	357
Organización y preparación de actividades y proyectos	362
Desarrollo y evaluación de actividades y proyectos	371

Capítulo 9

Evaluación de la progresión personal

El período introductorio	383
El seguimiento de la progresión personal	394
Conclusiones de la evaluación de la progresión personal	401

Glosario

405

Los autores

415

Presentación

Este libro es el resultado de un trabajo conjunto. En él participaron las 18 asociaciones scouts de América Latina, dirigentes de organizaciones scouts de Europa y los equipos de la Oficina Scout Mundial, tanto centrales como de la Región Interamericana.

Expresión de la cooperación internacional, reúne la experiencia de personas distintas en situaciones diferentes, articuladas dentro del marco unificador de la política regional de programa de jóvenes.

Es un instrumento pensado para apoyar la labor de los adultos que animan las Comunidades de Caminantes, con el objeto que puedan acompañar a los adolescentes de esa edad en el proceso de vivir la aventura de formar su identidad personal.

También está dirigido a quienes en el Movimiento Scout cumplen la función de formadores de los dirigentes de jóvenes. Por ello en cada paso desarrolla no sólo el contenido y los procesos propuestos por el método scout, sino también su propósito y sus fundamentos. Pensamos que si cada dirigente comparte las razones que sostienen su acción, estará en mejores condiciones de desarrollarla de manera creativa.

Por el mismo motivo, el libro será útil para educadores externos al Movimiento, interesados en conocer la forma en que el método scout atiende las necesidades de los jóvenes adolescentes en este tramo de edad. No obstante, aunque riguroso en sus conceptos, el libro no está destinado a expertos de la psicología o de la educación, sino para el uso de personas que provienen de los ámbitos laborales y profesionales más diversos.

Uno de los aspectos destacables de este libro es la forma en que relaciona la realidad de los jóvenes de hoy y las tendencias actuales en educación con la experiencia centenaria del Movimiento y, muy especialmente, con el pensamiento original del fundador de los scouts, que recoge en toda su profundidad.

Orientado a la aplicación del programa de jóvenes, el libro no es el programa de jóvenes en sí mismo ni lo contiene. El programa es la realidad que ocurre en cada Comunidad, cuando diseñando sus actividades en base a la matriz contenida en este libro, los dirigentes apoyan a los jóvenes en la realización de las actividades y proyectos que ellos mismos desean poner en marcha.

Por ese motivo este libro debe ser complementado con las acciones de captación, formación y seguimiento de dirigentes previstas en el sistema de cada Asociación. Sólo de esa manera será posible aplicar y optimizar los procesos que se articulan a lo largo de sus capítulos.

En nombre de la Organización Mundial del Movimiento Scout agradezco a cuantos han participado en las tareas de investigación, elaboración, redacción, revisión, edición, diseño y dirección de esta Guía. El beneficio que los jóvenes recibirán de su esfuerzo será su mejor recompensa.



Alberto Del Brutto
Director
Región Interamericana
Oficina Scout Mundial

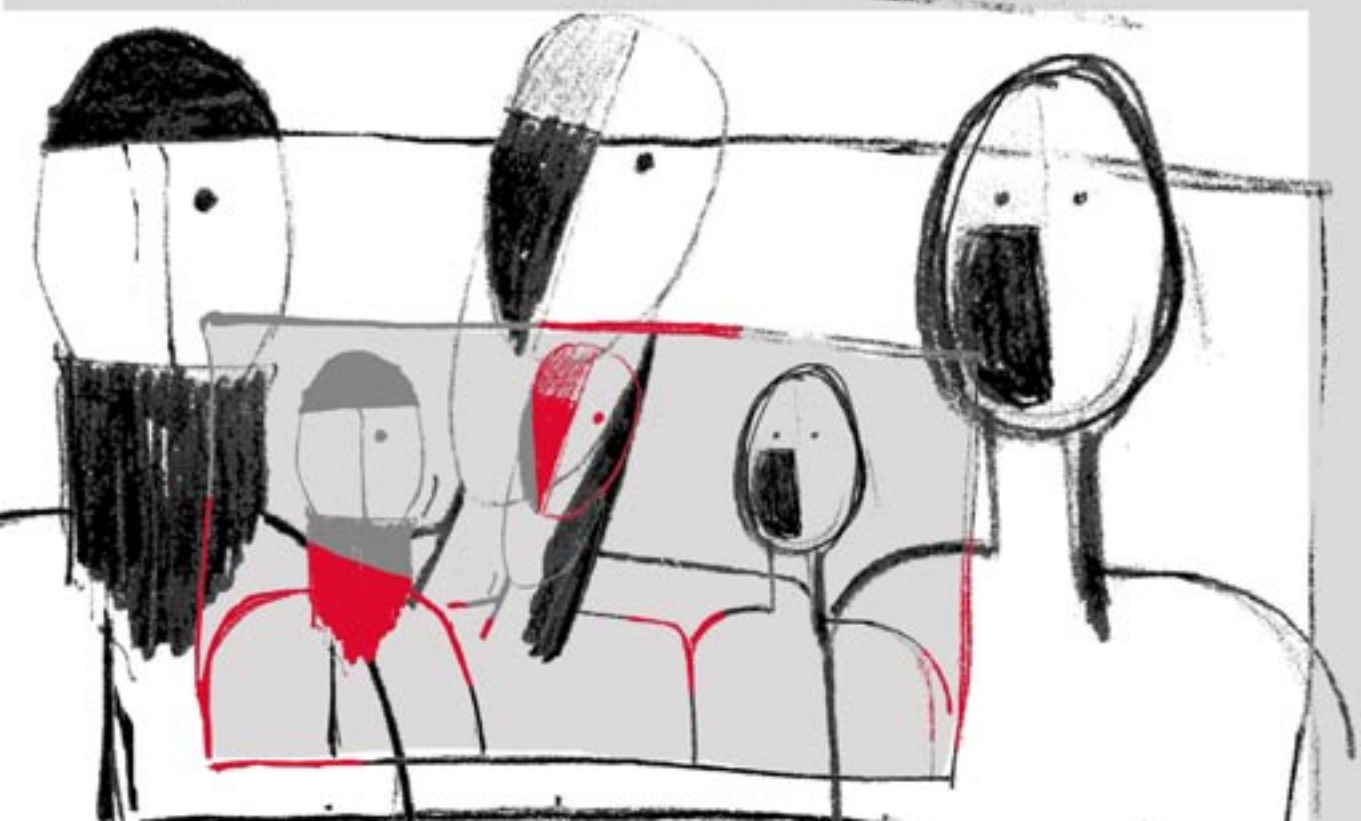
Santiago,
octubre de 2007



Caminantes

capítulo 1

La identidad personal





Kasimir Malevich (1878-1935), nació en Kiev, Ucrania y fue parte de la sorprendente renovación del arte ruso que tuvo lugar a comienzos del siglo XX. Creó el *suprematismo*, movimiento abstracto que buscaba “la supremacía del sentimiento puro”.

El principal tema del artista son los movimientos internos de la personalidad, que como no poseen una forma precisa, la buscó en la expresión visible de lo que sentía, logrando personajes figurativos monumentales, hieráticos y estáticos, que semejan modelos primarios de los íconos.

Tres cabezas, un dibujo a lápiz sobre papel, posterior a 1930, es una obra maravillosa que hemos elegido para representar la difusión de identidad, ese continuo ensayo de los adolescentes en búsqueda de su personalidad.



Capítulo 1

La identidad personal

Contenido

La adolescencia

página 9

La identidad personal

página 24

El contexto social y la identidad personal

página 33

Conductas de riesgo, factores protectores y resiliencia

página 43

La adolescencia



La adolescencia es un período de bordes difusos



Entendemos por adolescencia el período de nuestra vida que se inicia con los cambios biológicos de la pubertad y finaliza con la entrada en el mundo de los adultos.

Esta definición deja la puerta abierta a la valoración sobre el momento en que comienza y termina la adolescencia, ya que en la realidad las etapas de crecimiento son así, con bordes difusos que dependen de cada persona y sus circunstancias.

La Organización Mundial de la Salud (OMS) ha optado por un criterio cuantitativo, definiendo a la adolescencia como “la etapa que ocurre entre diez y veinte años de edad, coincidiendo su inicio con los cambios puberales y finalizando al cumplirse gran parte del crecimiento y desarrollo morfológicos”. Como esta definición está muy ligada a los cambios corporales, la OMS ha agregado que “...la juventud, por otra parte, es el período entre los quince y veinticinco años de edad. Constituye una categoría sociológica, caracterizada por asumir los jóvenes con plenitud sus derechos y responsabilidades sociales”.

En otras palabras, en opinión de la OMS existiría la adolescencia, referida a los cambios corporales y que terminaría a los veinte años; y la juventud, ligada a la sociología, que empezaría a mitad de camino de la adolescencia y que duraría hasta los veinticinco años. Nos parece innecesaria esta distinción entre una adolescencia y una juventud superpuestas parcialmente entre sí y referidas a diferentes momentos del mismo proceso.

Estimamos a la adolescencia como un solo período que comprende ambas tareas, la biológica y la psicosocial. Por otra parte, como el logro de las conductas que caracterizan la entrada en la adultez es poco preciso, la adolescencia tiene bordes terminales muy elásticos, que podrían prolongarse hasta los veinticinco años, y en algunos casos un poco más, dependiendo de las circunstancias internas de la persona o de su entorno.



La adolescencia es un producto de la sociedad moderna

Dos siglos atrás este período no existía o transcurría inadvertido. Ni siquiera se usaba la palabra adolescencia y sólo se diferenciaba entre “niños” y “adultos”. La aptitud fisiológica para la procreación, que llamamos *pubertad*, marcaba la frontera entre ambas edades. La creciente complejidad de la sociedad, que ha diversificado las funciones sociales y ha exigido mayores competencias para el mundo del trabajo; la consiguiente evolución de la escuela, el aumento de la escolaridad y la ampliación y diversificación de los estudios; las normas protectoras tendientes a evitar el trabajo de los niños; las mayores exigencias de capacitación para el empleo; el aumento en la expectativa de vida; los cambios en la valoración ética de las relaciones afectivas y otros factores que han transformado la sociedad, han determinado el surgimiento y prolongación de esta etapa de maduración sexual y social.



La adolescencia comienza en la biología y termina en la cultura



En este período se da una notable interrelación de fuerzas biológicas y sociales que lleva a los

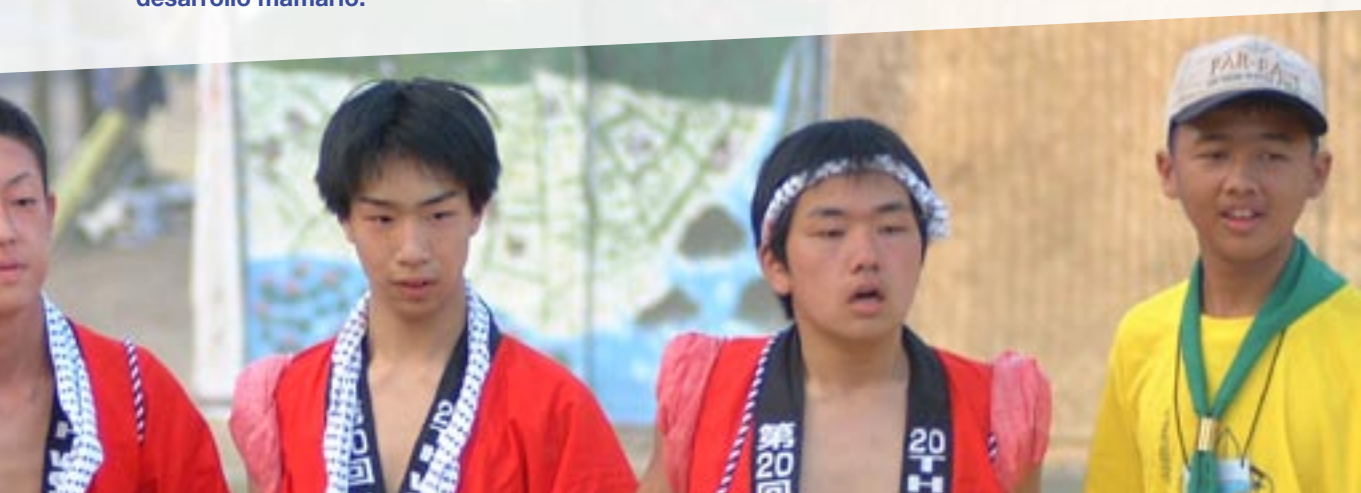
adolescentes a tomar la forma de los adultos en tamaño, madurez sexual, características cerebrales, capacidad de pensamiento, conocimientos, sofisticación emocional, razonamiento moral, relación con los pares y la familia, adquisición de aptitudes ocupacionales. Si bien el desarrollo continúa en la vida adulta, los pasos críticos en el crecimiento físico, social, cognitivo y emocional que se siguen durante la adolescencia influyen considerablemente en la vida futura de la persona.

Por eso decimos que la adolescencia comienza en la biología y termina en la cultura. Su inicio se manifiesta con la aparición de las modificaciones corporales que sirven de índices de masculinidad y femineidad, continúa en nuevas formas de pensar que permiten comprender los acontecimientos de manera integrada, transcurre en la búsqueda de ser uno mismo en forma coherente y continua, y concluye con la inserción en el mundo con un proyecto propio, o al menos con la convicción de que se necesita tomar una opción de vida y que se es capaz de hacerlo.

La pubertad marca el inicio de la adolescencia



Cuando aparecen los primeros indicios de maduración sexual estamos en presencia de la fase llamada *prepuberal*, que termina con las primeras apariciones de vello en el pubis. En los varones hay aumento del tamaño de los testículos, crecimiento y enrojecimiento del saco escrotal y aumento del largo y circunferencia del pene. Estos cambios se refieren a los llamados *caracteres sexuales primarios*, que están presentes desde el nacimiento y comprenden los genitales externos e internos. En la mujer los cambios prepuberales comienzan en promedio dos años antes que en los hombres. El primer fenómeno de desarrollo femenino en esta fase es el aumento del tamaño de los ovarios y el inicio del proceso de maduración de óvulos. A diferencia de los varones, estos cambios en los caracteres sexuales primarios de las mujeres no son observables externamente, salvo por ciertas alteraciones de sus caracteres sexuales secundarios, como el redondeo de las caderas y la primera fase de desarrollo mamario.



El período *puberal* comienza en ambos sexos con la aparición del vello pubiano y termina cuando este crecimiento se completa. Durante esta fase se produce la mayor velocidad de crecimiento en altura y peso. El “estirón del crecimiento”, siguiendo a los cambios puberales, se produce dos años antes en las mujeres que en los varones. En esta fase los caracteres sexuales primarios continúan el desarrollo iniciado en la fase anterior: en las mujeres la vulva y el clítoris aumentan de tamaño; y en los varones los testículos continúan creciendo, el escroto también crece y se pigmenta y el pene se elonga y aumenta de diámetro. Otro cambio en las mujeres es la menarquia, o comienzo de las menstruaciones. En cuanto a los caracteres sexuales secundarios, en las mujeres hay un mayor desarrollo de los senos y los pezones forman la mama primaria; y en los varones, la voz se hace más profunda y aparece pilosidad pigmentada en las axilas y pelo facial, generalmente alrededor de dos años después de la aparición del vello pubiano.

La fase *pospuberal* comienza cuando el desarrollo del vello pubiano se ha completado, produciéndose también una desaceleración del crecimiento en altura. Aunque en los hombres comienza a crecer la barba y en la mujer prosigue el aumento de los senos, los cambios en los caracteres sexuales primarios y secundarios están básicamente completos y la persona ya es fértil. (Los indicadores de estas fases y de las etapas de la adolescencia han sido tomados en parte de *El adolescente y sus conductas de riesgo*, Dr. Ramón Florenzano, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2002).



La velocidad del cambio varía dependiendo de cada joven

Aunque la secuencia de cambios antes descrita es bastante uniforme, hay variaciones en la velocidad del cambio. Algunos adolescentes maduran más rápido y otros más lentamente, lo que puede afectar su desarrollo. Los niños que maduran precozmente, en general, tienen un mejor ajuste que aquellos que lo hacen tardíamente, llegando a tener una mejor interacción con sus pares y con los adultos, ventaja que se mantiene hasta la adultez.

En las mujeres, sin embargo, la maduración precoz, comparada con la tardía, se asocia con desventajas psicosociales. Las niñas que biológicamente maduran en forma temprana tienden a verse como más obesas y a tener peores imágenes corporales que sus pares que maduran a una edad promedio.

En general, madurar a destiempo con relación a los pares parece ser un factor de riesgo para un desarrollo emocional equilibrado, pero ello también depende de la actitud del ambiente que rodea al adolescente.

La duración y características de la adolescencia son personales



Como se ha visto, el inicio, duración y término de la adolescencia son muy variables, dependiendo básicamente de la naturaleza de cada persona, de su historia personal y de las características sociales y culturales de la comunidad en que vive. Son grandes sectores del organismo y de la personalidad que se modifican y lo hacen en edades diferentes y con ritmos de crecimiento distintos. Más que edades cronológicas es preferible considerar *historias personales de madurez y desarrollo*.

Es un período largo, ya que la integración en la sociedad contemporánea plantea desafíos cada vez mayores que exigen una preparación y un aprendizaje prolongados. Esta misma extensión favorece, por lo general, estados de ambigüedad y contradicción, procesos de avance y retorno, los que son necesarios para que los jóvenes encuentren su propia identidad y el sentido de su vida.

La adolescencia tampoco tiene una naturaleza fija e inmutable. Ella depende de las características de cada persona, de la situación existente en la comunidad y, sobre todo, del mayor o menor apoyo de los recursos psicológicos y sociales que el joven o la joven obtuvieron en su crecimiento previo. La calidad de vida que se tuvo durante la niñez influye notoriamente en la forma en que se vive y culmina la adolescencia.

En la adolescencia pueden distinguirse etapas



Se distingue en términos generales entre adolescencia inicial (10 u 11 a 14 ó 15 años), adolescencia media (14 ó 15 a 17 ó 18 años) y adolescencia final (17 ó 18 a 21 ó 22 años).

En la **adolescencia inicial**, el acento está puesto en los cambios biológicos, que irrumpen en un mundo que hasta ese momento era ordenado y previsible. La joven fluctúa en sus estados emocionales en relación con sus cambios hormonales, los que se acentúan alrededor de las primeras menstruaciones. El cambio en su aspecto externo puede también afectar a la joven adolescente. Se da cuenta de que los varones la miran y experimenta sentimientos encontrados al mirarse en el espejo. La metamorfosis del varón, por su parte, se centra en el aumento de su masa corporal y en su capacidad potencial de agresión física. Aparece la capacidad de eyacular, y con ella las poluciones nocturnas y las prácticas masturbatorias, que son mucho más frecuentes en los varones que en las mujeres. El control de la tendencia a la masturbación compulsiva representa un desarrollo de la capacidad psicológica de autocontrol.

Paralelamente, en esta etapa se comienza a avanzar desde el pensamiento lógico concreto al pensamiento operatorio formal. Esencialmente hipotético-deductivo, este tipo de pensamiento se libera de la realidad concreta inmediata y se adentra en el terreno de lo abstracto y de las operaciones simbólicas. Esto permite la construcción de sistemas y teorías y la adopción de una actitud crítica frente a la realidad, tan propia de esta edad. En todo caso, es bueno advertir que en esta etapa si bien disminuye el pensamiento concreto y aumenta el formal, aún subsiste en mayor proporción el primero con relación al segundo, el que finalmente predominará bien avanzadas las etapas siguientes.



En el plano de las relaciones interpersonales, en esta época empezarán los entusiasmos por el sexo complementario bajo la forma de enamoramientos fugaces, los que son más bien de carácter narcisista, buscando un reflejo de sí mismo o bien una proyección idealizada de cómo se quisiera ser. La sexualidad es activamente *sublimada*, es decir, se transforma el impulso instintivo en una acción socialmente útil y aceptada, sea en proezas deportivas o en una activa vida social o comunitaria. En cuanto a la familia, la relación con el progenitor del mismo sexo se distancia y comienza la reorientación desde la familia hacia los grupos de amigos. Este cambio de centro de gravedad es muchas veces mal tolerado por los progenitores, produciendo un grado de tensión que se acentuará en las etapas siguientes.



En la *adolescencia media*, que transcurre a grandes rasgos entre los 14 ó 15 y los 17 ó 18 años, el hecho central está marcado por el inicio de la búsqueda de la identidad personal, esto es, sentirse a sí mismo estable a lo largo del tiempo, lo que no se logrará en plenitud sino hasta la etapa siguiente.

El primer signo de búsqueda de identidad es el distanciamiento afectivo de la familia y el acercamiento a los grupos de amigos. La superación del apego es un paso difícil, pero necesario para conocer el mundo de los demás y para aprender a relacionarse con los pares, en especial con los del sexo complementario. Los pasos no se dan de una vez, se va y se viene, oscilando entre la rebelión y el conformismo. Para alejarse de sus padres los jóvenes tienden a hablar, vestirse y opinar muy diferente a ellos

y muy leales a su grupo de iguales, conformándose rígidamente a las modas, expresiones y estilos de relación de éstos.

Muchas veces la superación de la dependencia con respecto a la familia se hace descalificando a uno o ambos progenitores. Ello puede obedecer más a una necesidad inconsciente de aflojar lazos que a dificultades objetivas con los padres. El adolescente busca activamente juicios, opiniones y valores propios, sin aceptar ya, automáticamente, los de sus padres. Los errores y contradicciones de éstos son magnificados para facilitar el proceso de desapego. Esto representa una prueba para los padres, quienes deben confiar en lo que realizaron en la niñez de sus hijos: si ha sido sólido, el adolescente será capaz de comportarse bien por su cuenta y no necesitará estar permanentemente supervisado. La importancia del grupo juvenil aumenta en la medida en que decrece para el joven la de sus progenitores. Se forman núcleos de amigos íntimos que se apoyan y acompañan mutuamente, donde se exploran costumbres y normas sociales externas a la familia.

Las actividades de búsqueda entre ambos sexos son progresivamente más cercanas y explícitas, y van desde el enamoramiento sentimental y romántico a las primeras aproximaciones físicas. Las reuniones grupales pasan a transformarse en grupos de parejas y luego en parejas solas que tienden a aislarse. La frecuencia de relaciones sexuales en esta etapa varía según las diferentes sociedades, pero de un modo global no todos los jóvenes se inician sexualmente en este período y las relaciones sexuales completas son esporádicas, en parte debido a los riesgos para la salud, al peso de los valores personales y familiares y a las prohibiciones culturales subsistentes. Aun cuando los estándares están variando, psicológicamente es necesario que medie un lapso entre tener la capacidad biológica de relacionarse sexualmente y el concretar esta posibilidad en la práctica. Lentamente surge la capacidad de enamorarse, integrando componentes espirituales, sentimentales y eróticos en una persona, no disociados en diferentes personas como en la etapa anterior.

Ahora el adolescente es capaz de integrar estos aspectos gracias a la capacidad de utilizar mecanismos de defensa más elaborados, tales como la *intelectualización* (huir de los impulsos que surgen desde un cuerpo que cambia para refugiarse en el plano de las ideas y de las teorías, tratando de explicar en forma abstracta lo que sucede alrededor); o racionalizando cierto *ascetismo* (tendencia a mantener los impulsos bajo control a través del respeto a normas y prohibiciones que le demuestran al adolescente que es capaz de manejar esos impulsos); o mediante la *fantasía activa* (la conducta fantaseada por el joven o la joven actúa como un *reforzador*, cuyo efecto gratificante sobre la persona hace disminuir la intensidad del impulso).



Por último, debemos decir que la adolescencia media es la última etapa en que pueden ensayarse conductas sin que esta práctica tenga las consecuencias determinantes y los compromisos a largo plazo propios de la etapa siguiente. De ahí que sea la etapa ideal para que opere la *difusión de identidad*, un período en que los jóvenes experimentan, sucesiva y simultáneamente, distintas formas de ser y de actuar en búsqueda de aquella que será la definitiva.

En la **adolescencia final**, de 18 a 21 ó 22 años, también llamada *juventud*, se concretan los procesos que dan forma a la identidad personal. Si aún no se ha tomado una opción, la búsqueda de la vocación definitiva se hace más apremiante, debido entre otros factores a la presión de la familia y del medio ambiente por definir una profesión o un oficio. También influye el estímulo que representan amigos que comienzan a trabajar, construyen una relación de pareja estable o se casan. Para muchos adolescentes esta etapa constituye el desarrollo lógico y no conflictivo de procesos previos. La identidad es la continuidad en el tiempo de la propia personalidad y diferencia al individuo tanto de su familia como de sus coetáneos, haciéndolo una persona única, por lo que la formación de la identidad es un proceso personal.

En este período la identidad personal pasa a fusionarse con la capacidad de intimidad: el saber que se es amado o amada y que se ama, y el poder compartir el yo y el mundo con otra persona. Como lo señala el psiquiatra chileno Ramón Florenzano, experto en temas de juventud, “esta capacidad de intimidad sólo aparece después de tener una razonable fe en sí mismo y en la propia capacidad de funcionar en forma autónoma e independiente: antes de caminar de a dos, es necesario saber caminar solo. De otro modo, se necesita al otro no como persona sino como bastón”. (Florenzano, obra citada).



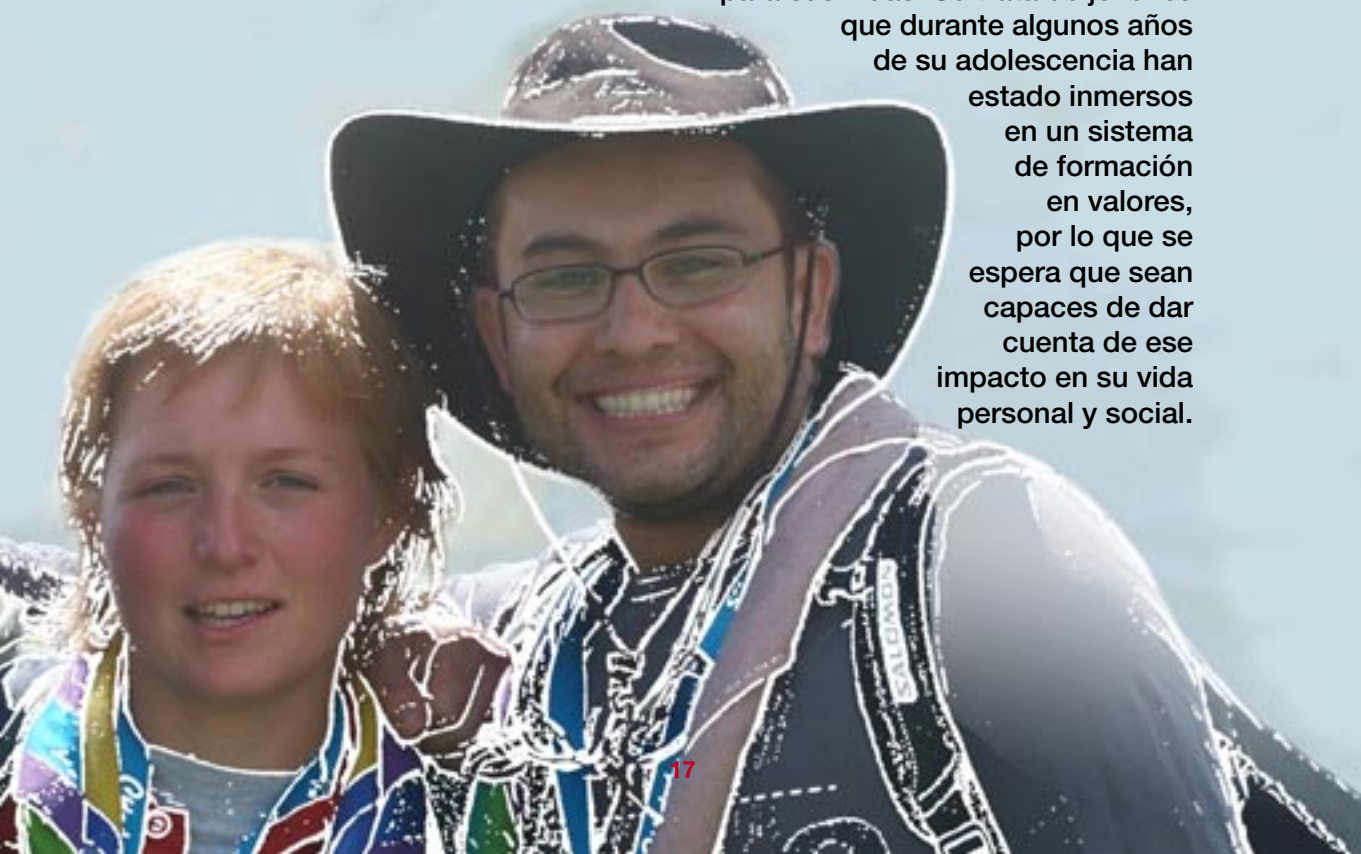
Sólo al final de este período están el joven o la joven preparados para una relación íntima estable. En los períodos previos se ha tratado más bien de exploración y de búsqueda, con una mayor presión de impulsos que buscan descarga y un mayor grado de egocentrismo. La coparticipación y el interés en la satisfacción del otro se hacen sólo gradualmente más centrales. Por cierto que aún subsisten casos en que el sexo se mantiene separado del amor y del cariño, en los cuales el sexo es considerado como juego, deporte o camino para superar las propias inseguridades, llegando a ser usado agresivamente en la relación con el otro.

El fin de esta etapa cierra el proceso de cambios rápidos, de exploraciones y de ensayos de identidades, para dar paso a un período de compromiso personal y laboral, en que el adolescente asume su condición de adulto joven demostrando, según Florenzano, haber conquistado los siguientes logros:

- Una **identidad** coherente, que no cambia significativamente de un lugar a otro ni de un momento a otro.
- Una capacidad de **intimidad** adecuada en términos de relaciones maduras, tanto sexuales como emocionales.
- Un sentido claro de la **integridad**, de lo que está bien y de lo que está mal, con desarrollo de sentimientos socialmente responsables.
- Una **independencia psicológica** con sentido de sí mismo que le permite tomar decisiones, no depender de la familia, y asumir funciones y responsabilidades propias de los adultos.
- Una **independencia física** lograda o próxima a lograr, con capacidad de ganarse el propio sustento sin apoyo familiar.

Desde la perspectiva scout, como educadores y no sólo como testigos de un proceso de desarrollo evolutivo, al término de esta fase pedimos a los jóvenes algo más: que estén comprometidos en la definición de un proyecto

para sus vidas. Se trata de jóvenes que durante algunos años de su adolescencia han estado inmersos en un sistema de formación en valores, por lo que se espera que sean capaces de dar cuenta de ese impacto en su vida personal y social.



La adolescencia es un período de crecimiento personal sin alteraciones severas generalizadas



A pesar de que la gran mayoría de los adolescentes transita esta etapa sin grandes perturbaciones, se suele aludir a la adolescencia como un período tormentoso, bordeando lo patológico. Esta tendencia se debe en parte importante a que “los adolescentes analizados en profundidad y los que se destacan socialmente son, con frecuencia, jóvenes enfermos en circunstancias sociales extremas. Erróneamente, se tiende a identificar a la población adolescente en general, con estas características”. (Dina Krauskopf, Adolescencia y educación, Editorial Universidad Estatal a Distancia, Costa Rica, 1997).

En 1994, el psiquiatra Daniel Offer y su grupo de investigadores de la Escuela de Medicina de Northwestern University, utilizando un cuestionario estandarizado con adolescentes de enseñanza secundaria, primero en Estados Unidos y luego en forma transcultural, demostraron que los adolescentes, de acuerdo a las dificultades de su desarrollo, pueden ser reunidos en tres grupos: a) el primero, denominado *del desarrollo continuo*, que correspondió al 21% del grupo total, progresaba a través de la adolescencia con un desarrollo imperturbado, con mucha seguridad de que llegarían a tener una vida adulta satisfactoria; b) el segundo, al que llamaron *del desarrollo surgente* y que representaba el 35%, se desarrolló a través de “saltos” y tuvo mayor discontinuidad que el anterior. Debían concentrar mayor energía en lograr las tareas de desarrollo y oscilaban entre una adaptación adecuada y períodos de detención y a veces retroceso. Sin embargo, al final de la adolescencia el ajuste de estos sujetos era tan adecuado como el de los del grupo anterior, aunque les costó más trabajo. c) Los adolescentes del tercer grupo, denominado *del desarrollo tumultuoso* y que representaba entre un 15 y un 20% de la muestra, transcurrieron su adolescencia con turbulencias internas, lo que se expresó en mayor emocionalidad, síntomas ansiosos y depresivos e incluso en conductas alteradas. Sus antecedentes familiares son menos estables que los de los otros grupos, encontrándose entre ellos familias con conflicto conyugal abierto y un contexto social menos favorable. d) Por último, poco más de un 20% correspondía a sujetos no clasificables en ninguno de los grupos anteriores.

Un estudio realizado el año 2007 en 9 ciudades de Chile, con base en una muestra probabilística final de 1.478 jóvenes de 16 a 25 años, de todos los estratos socioeconómicos -probablemente una de las investigaciones más importantes realizadas sobre los jóvenes en el país, que incluyó entre otros instrumentos una encuesta de más de un centenar de preguntas- indicó que el 72% dice “estar feliz de la vida”, mientras que un 90% considera a la familia como pilar fundamental de la sociedad y un 92% asegura que logrará las metas que se ha propuesto. Un 29% declara haberse sentido deprimido en las últimas semanas y el 25% manifiesta haber estado solitario y alejado de los demás. (Datavoz, Universidad Tecnológica de Chile, Inacap, octubre de 2007).

En parte gracias a estudios como los descritos, hoy se ha generalizado una visión menos tumultuosa de la adolescencia, como un período de fuerte crecimiento y progreso personal. Es una etapa del ciclo vital que tiene su propia naturaleza, que se diferencia claramente de la niñez y de la adultez, que presenta enormes posibilidades de desarrollo y que hay que vivirla y vivirla bien. Los jóvenes piden ser considerados como tales, no como seres que “adolecen de”, como si el período fuera una enfermedad o una sucesión de trastornos.





La adolescencia tiene sus propias tareas del desarrollo

El concepto de *tareas del desarrollo* o “tareas de cumplimiento”, se refiere a los desafíos que se enfrentan en un determinado período de la vida para acceder a una siguiente etapa de desarrollo sobre una plataforma suficientemente sólida. Son dimensiones del crecimiento y son relativamente universales, ya que trascienden las diferencias culturales, étnicas, geográficas e incluso históricas.

Los adolescentes no enfrentan estas *tareas* en ningún orden o secuencia predeterminada, como tampoco las resuelven todas de una vez. Por el contrario, la mayoría de los hitos del desarrollo evolucionan muy gradual, episódica y separadamente y, como se ha dicho, alternando pausas y regresiones a lo largo del camino. También los cambios del desarrollo durante la adolescencia son parte de un cambio continuo que se extiende desde la niñez hasta la vida adulta. Durante la adolescencia, los jóvenes a menudo vuelven a trabajar tareas del desarrollo anteriores que necesitan como base para el crecimiento actual. Por esta y otras razones, las tareas pueden ser organizadas de distintas maneras, generando listas algo diferentes.

Como lo vimos anteriormente, la mayoría de los adolescentes atraviesa y supera estas tareas de manera exitosa. Sin embargo, una serie de factores pueden poner a los adolescentes en riesgos, entre ellos, necesidades especiales y dificultades de aprendizaje; privaciones tempranas que impidieron establecer las bases del desarrollo; desvalorización y discriminación por razones de etnia, clase, condición de inmigrante u orientación sexual; falta de apoyo adulto; trauma físico o emocional; enfermedad física o mental; disfunción familiar; pobreza; disfunción y violencia en la comunidad y en el vecindario; escasez de oportunidades para desarrollar capacidades y otras.

Algunas de las tareas que se enumeran en las páginas siguientes son básicas para la construcción de otras. Por ejemplo, el pensamiento abstracto es esencial para la formación del pensamiento moral, la adquisición de perspectivas más amplias y la construcción de relaciones; y todas esas habilidades contribuyen a su vez al desarrollo de la identidad personal.

Si bien las tareas de desarrollo son esencialmente las mismas en los diferentes ambientes y circunstancias, no puede dejar de mencionarse que existen variaciones según raza, etnia, género, niveles socioeconómicos y culturales, estructura familiar, capacidad individual y otros factores.



Tareas del desarrollo en la adolescencia

Acostumbrarse a cuerpos y sentimientos en proceso de maduración sexual

Los adolescentes deben adaptarse a un cuerpo que en poco tiempo duplica su tamaño y adquiere características sexuales. Esto supone aprender a manejar los cambios biológicos y los sentimientos sexuales que los acompañan; a establecer una identidad sexual y practicar conductas saludables; y a desarrollar habilidades para las relaciones románticas. En la infancia, el ritmo pausado de los cambios permite que el niño los integre a su *esquema corporal*, es decir, a la imagen que tiene de su propio cuerpo, a medida que los experimenta; pero la velocidad e intensidad de los cambios en esta etapa hace muy difícil que el joven pueda integrarlos manteniendo una sensación de estabilidad y familiaridad consigo mismo.

Desarrollar y aplicar habilidades propias del pensamiento formal

Durante la adolescencia los jóvenes enfrentan cambios profundos en su forma de pensar, lo que les permite comprender y coordinar ideas abstractas con mayor efectividad, pensar en distintas posibilidades, ensayar hipótesis, pensar en el futuro, pensar sobre el pensamiento y construir filosofías.

Desarrollar y aplicar un nivel de perspectiva más complejo

La adolescencia es el período en que se adquieren nuevas y potentes habilidades para comprender las relaciones humanas. Una vez que los jóvenes aprenden a “ponerse en el lugar de otra persona”, aprenden a tener en cuenta simultáneamente sus propias perspectivas y las de los demás y a usar esta nueva capacidad para resolver problemas y conflictos en las relaciones.

Desarrollar y aplicar nuevas habilidades de adaptación, tales como la toma de decisiones, la solución de problemas y la resolución de conflictos

En relación con los notables cambios que viven en esta etapa, los adolescentes adquieren nuevas habilidades para pensar y planificar el futuro, para utilizar estrategias más sofisticadas en la toma de decisiones, solución de problemas y resolución de conflictos, como también para moderar los riesgos que toman y así alcanzar sus metas en lugar de ponerlas en peligro.

Identificar valores morales, estándares de conducta y sistemas de creencias significativos

Gracias a los cambios que experimentan, los adolescentes desarrollan una comprensión más completa del comportamiento ético y de los sentimientos subyacentes de justicia y afecto, cuestionando creencias de la infancia y adoptando valores más significativos para guiar sus decisiones y comportamientos. Desde el punto de vista religioso, transitan desde una fe recibida a una fe personal.

Comprender y expresar experiencias emocionales más complejas

También producto de los cambios que viven los adolescentes tienden a adquirir la habilidad de identificar y comunicar emociones más complejas, comprender las emociones de otros de manera más sofisticada y pensar acerca de las emociones en forma abstracta.

Formar amistades íntimas de apoyo mutuo

Los adolescentes suelen desarrollar relaciones de pares que juegan un papel mucho más importante que en la infancia para brindarles apoyo y conexión en su vida. Tienden a pasar de amistades basadas en compartir actividades e intereses a otras basadas en compartir ideas y sentimientos, con el consiguiente desarrollo de la confianza y el entendimiento mutuo.

Establecer aspectos claves de la identidad personal

Hasta cierto punto, la formación de la identidad es un proceso que dura toda la vida, pero los aspectos cruciales de la identidad se forjan durante la adolescencia, incluyendo el desarrollo de una identidad que refleje un sentido de individualidad y la conexión con personas y grupos a los que se valora. Otra parte de esta tarea es el desarrollo de una identidad positiva sobre la sexualidad, las relaciones de género, los atributos físicos y la sensibilidad hacia los diversos grupos, etnias y niveles socioeconómicos que conforman la sociedad.

Hacer frente a las demandas que implican funciones y responsabilidades en maduración creciente

Los adolescentes gradualmente asumen los roles que se espera de ellos en la vida adulta, aprenden a adquirir las habilidades y a manejar los múltiples requerimientos que les permitirán insertarse en el mercado laboral, así como satisfacer las expectativas relacionadas con la familia, con la comunidad y con la ciudadanía.

Resignificar las relaciones con los adultos que ejercen el rol de padres o tutores

Aunque a veces la tarea de los adolescentes es descrita como “separarse” de los padres u otros tutores, hoy se la considera más bien como una tarea conjunta de adultos y adolescentes para lograr un cambio que establezca un equilibrio entre autonomía y conexión continua, enfatizando una u otra según los antecedentes de cada familia y sus tradiciones culturales.



Las tareas del desarrollo varían de intensidad según las etapas de la adolescencia

Si bien las tareas de desarrollo transcurren durante toda la adolescencia, hay algunas de ellas que se presentan más hacia el comienzo y otras más hacia el final, mientras otras se mantienen vigentes durante todo el período, si bien no con la misma intensidad. Todas aquellas que dicen relación con la modificación del cuerpo, la maduración sexual y el desarrollo de afectos vinculados al desarrollo biológico, son tareas a las cuales los jóvenes se enfrentan en la adolescencia inicial. Por el contrario, las que se refieren al desarrollo de nuevas habilidades sociales, o a la adquisición de roles en la familia y la comunidad o a su vocación o empleo, tenderán a hacerse más emergentes a medida que la adolescencia avanza, dependiendo del contexto social y del sistema educacional de cada país.

Una transformación similar ocurre con los grupos de pares. Al inicio de la adolescencia son preferentemente unisexuales, permitiendo de esa manera la afirmación de la propia identidad sexual. Posteriormente se produce la cohesión en torno a actividades que incorporan a jóvenes de los dos sexos. En la etapa final de la adolescencia los grupos se disuelven paulatinamente ante la aparición de diferentes intereses y el surgimiento de parejas más duraderas. Esto implica que en esa fase hombres y mujeres adquieren identidades más estables y mejores habilidades sociales, por lo que pueden revertir las energías que volcaban en la interacción con el propio sexo hacia la relación con el sexo complementario. Paralelamente, las amistades hacia personas del mismo sexo se mantienen pero con características diferentes, pues hay una menor necesidad de que desempeñen el papel que tenían en etapas más tempranas de la adolescencia, en las que actuaban como espejo de sí mismos.

Por otra parte, hay tareas como el desarrollo del pensamiento formal, la adopción de una escala de valores y la construcción de la identidad personal, que están presentes durante toda la adolescencia con intensidades que no sólo dependen de la edad sino también de la historia personal de cada cual.



Las tareas del desarrollo pueden reunirse en tres grupos



En la literatura scout para dirigentes publicada en esta serie de *Guías*, y con el propósito de aproximarnos a las distintas edades de los adolescentes de una manera que sea fácilmente recordable, hemos dicho que todas las tareas de desarrollo se pueden reunir en tres grupos: alcanzar la madurez sexual, lograr la identidad y plantearse un proyecto de vida propio.

Como hemos visto, la madurez sexual está más fuertemente relacionada con la adolescencia inicial, esto es, con las edades comprendidas entre 10 y 15 años y así ha sido analizada en la *Guía para dirigentes de la Rama Scout* (Oficina Scout Mundial, Región Interamericana, 2ª edición, abril 2005). El proyecto de vida, en el otro extremo de la adolescencia, corresponde a la fase final, cuando habiendo ya respondido a una vocación o escogido una profesión u obtenido un empleo, el joven se entrega a la tarea de diseñar y conformar el espacio en que se insertará en la sociedad. De ahí que el proyecto de vida sea el tema central de la metodología scout en la Rama Rover, esto es, entre los 17 a 18 y los 20 a 21 años.

La identidad personal, en cambio, si bien surge como una necesidad desde la fase inicial de la adolescencia y se prolonga hasta terminar en un proyecto de vida, se configura con más intensidad en lo que hemos denominado adolescencia media, esto es, entre los 14 ó 15 y los 17 ó 18 años, que es el período que nos interesa en esta Guía.



La Identidad Personal



La identidad está relacionada con las identificaciones y con la personalidad



La *identificación* es un proceso mental inconsciente por medio del cual una persona asimila atributos o características de otra persona con la cual le une un vínculo afectivo. Las identificaciones son el principal medio de la especie para la transmisión de patrones y valores culturales y son también el mecanismo básico mediante el cual se configura la personalidad. En la adolescencia son “herencias” de los aprendizajes con las primeras personas con quienes se establecieron vínculos afectivos, generalmente los padres.

Erikson considera que para construir la propia *identidad* el joven necesita volver a sintetizar todas las identificaciones de la infancia de una manera original y, al mismo tiempo, concordante con los roles sociales que la cultura le ofrece. Considerando la perspectiva histórica de su vida obtendrá la “continuidad vigorizante que permite integrar el pasado vivido y el futuro anticipado”. Si las identificaciones le dieron al individuo las bases de su personalidad, el sentido de identidad le permite ser sí mismo en forma coherente y continua, a pesar de los cambios internos y externos que enfrente en su vida.

La *personalidad* por su parte, tal como la conceptuamos en esta Guía, es el modo de ser de cada persona y comprende el conjunto de sus rasgos y dimensiones. Es una organización dinámica de todo lo que una persona es y configura un patrón individual que caracteriza las relaciones de esa persona con el mundo y consigo misma. La *identidad personal* viene a ser entonces la permanencia de la propia personalidad en situaciones diferentes y a través del transcurso del tiempo. De ahí que cuando se habla de identidad también se habla de personalidad, porque son como las dos caras de una misma moneda: *el modo estable (identidad) en que una persona es (personalidad)*.

La formación de la identidad es un proceso que abarca toda la vida, pero tiene especial importancia en la adolescencia



La adolescencia, especialmente a partir de los 14 ó 15 años, es la etapa de desarrollo en que se elabora la identidad personal.

Si bien las bases de la personalidad se consolidan hacia el término de la adolescencia y la entrada en la vida adulta, ella se desarrolla a lo largo de toda la vida del ser humano. De hecho, una consolidación de la personalidad en términos estables sólo se produce en la vida adulta, cuando el individuo ya ha tenido la oportunidad de poner a prueba sus recursos y su visión del mundo, enfrentando los roles más importantes que desempeñará en su vida: trabajo, familia y posición en su grupo de pertenencia socioeconómica, afectiva e ideológica.

Del mismo modo, la identidad que se logra en la adolescencia puede sufrir variaciones a lo largo de la vida, dependiendo de la forma en que la persona logra enfrentar sus distintas etapas de desarrollo durante la madurez. Es habitual que en las crisis de la vida adulta suelen darse nuevos procesos de elaboración de la identidad.

Esquema corporal, autoestima e identidad sexual son tareas básicas en la formación de la identidad



La formación de la identidad personal coexiste durante la adolescencia con la ocurrencia de otros fenómenos que constituyen tareas de desarrollo de la misma adolescencia y que son parte de la formación de la identidad.

Tal es el caso del *esquema corporal*, que es la imagen que cada joven maneja de su propio cuerpo y que en esta edad ya no se basa en la valoración que de él hacen los familiares. Lo mismo ocurre con la *autoestima*, que también evoluciona desde una opinión que depende de las figuras parentales, hacia una basada en las propias capacidades y confirmada especialmente por las nuevas figuras significativas que surgen en el medio que rodea al adolescente.

La *identidad sexual* evoluciona desde una cierta falta de afirmación sexual con expresiones autoerógenas hacia la elección del compañero sexual. Al mismo tiempo se establece fisiológicamente la diferenciación de los roles sexuales, y social y culturalmente la diferenciación de género.

Pensamiento formal e identidad vocacional contribuyen a consolidar la identidad



El razonamiento lógico, la conceptualización abstracta y otras funciones propias del pensamiento formal, crean nuevas destrezas intelectuales que permiten al adolescente tener una mirada más analítica sobre sí mismo y el mundo, lo que le posibilita apreciar con mayor propiedad aquello de que es capaz. Una claridad progresiva en torno a la futura vocación, ya sea en términos de estudio, profesión o empleo, tiene una alta incidencia en el logro de la identidad. Más aún, sin identidad vocacional difícilmente habrá identidad personal.



La conciencia moral y la formación de una escala de valores son parte de la identidad personal

Durante la adolescencia se produce una adhesión a valores que serán suficientemente apreciados como para que el joven o la joven permanezcan adheridos a ellos toda la vida. Estos valores se forman de manera cada vez más autónoma y menos dependiente de la familia. Mientras más autónomo es el joven o la joven, mayor es la incidencia de estos valores en la formación de su conciencia moral, desde la cual ellos y ellas juzgarán la ética de los hechos propios y del entorno.

La identidad personal supone un nivel progresivo de inserción social



La nueva forma de pensar y los valores a los que se adhiere progresivamente, van generando nuevas relaciones interpersonales. El adolescente comienza por efectuar aquellas acciones que le permiten extender su expresión personal a un plano social más amplio que el grupo familiar, luego continúa en un análisis crítico de la vida social en su conjunto y en la expresión de opiniones, para culminar posteriormente en la inserción en un determinado espacio social. Es precisamente esta inserción, ya sea en el grupo de amigos, en el entorno del estudio, en el ambiente laboral o en las relaciones sociales, la que entrega una de las señales más claras de logro de la identidad.

La identidad personal culminará en un proyecto de vida



El proyecto de vida se construye paralelo a la identidad, pero no se confirma completamente mientras no se hayan alcanzado ciertos aspectos de la identidad, especialmente los que dicen relación con la identidad vocacional. En todo caso, es parte de la identidad la elaboración de un proyecto existencial propio, que en las fases finales de la adolescencia se deberá poner a prueba en la práctica concreta.



La modalidad más sana de formación de la identidad es la *difusión de identidad*

Según Erikson, la *difusión de identidad* consiste en la búsqueda que hace el adolescente para ampliar su campo de experiencias. Para ello corre ciertos riesgos y abandona formas de conducta y rasgos de comportamiento que se consideraban característicos de su forma de ser y que le daban seguridad. En la difusión de identidad el sacrificio de la estabilidad se ve compensado por el beneficio de obtener nuevas vivencias emocionales; alcanzar certezas referentes a valores insospechados; sumergirse en estados de amor, amistad y unión sexual; ser discípulo, seguidor e innovador, etc.



Al avanzar la persona en la adolescencia, sale de la fase de gran atención a sus propios procesos, característica de la pubertad, y se expanden las posibilidades de desarrollo de la propia identidad, para lo que se vincula estrechamente a personas y actividades variadas. De este modo, se confronta el propio modo de ser a través de diferentes experiencias y se adquieren muchos de los intereses que le aportan las nuevas personas con quienes se establecen vínculos afectivos y sociales.

El enamoramiento, por ejemplo, no es en este proceso una cuestión completa o fundamentalmente sexual ni apunta a la pareja definitiva. Es, en gran parte, un intento por lograr la definición de la propia identidad, proyectando sobre el otro la imagen difusa del propio yo, que así se ve reflejada y establecida gradualmente.



La *confusión de identidad*, en cambio, es una desviación de la *difusión de identidad*

En la *confusión de identidad* se toman caminos equivocados que permitirían la satisfacción inmediata de la necesidad de identidad, pero que, por falta de consideración de las consecuencias a mediano plazo, generarán conclusiones destructivas para el futuro. En la *confusión de identidad* los sustitutos transitorios de las identidades infantiles no son vías de progresión a la asunción de nuevos intereses que conducirán a una identidad más integrada, sino que, al contrario, son más regresivas. En la *confusión de identidad* los y las adolescentes procuran mantener satisfechas sus mismas necesidades infantiles, cambiando sólo la apariencia.



Un ejemplo de confusión es el caso de las jóvenes que se casan para no sentir la dependencia de sus padres, pero que establecen luego idénticos vínculos de dependencia con el marido, aunque bajo un estatus aparentemente adulto. No hay en este caso una elaboración real de identidad. Lo mismo ocurre con los jóvenes que, sin tener necesidad, abandonan los estudios por un trabajo fácil.

Los logros de la difusión de identidad se reflejan en una identidad total, a través de cambios que se decantan en términos estables y congruentes, favoreciendo en el adolescente el sentimiento de identidad de sí mismo. En la confusión de identidad se producen más bien pseudoidentidades, caracterizadas por su falta de duración y permanencia y por caer, generalmente, en contradicción potencial con otras identificaciones parciales.

La confusión de identidad da lugar a la *identidad hipotecada* y a la *moratoria prolongada*



La *identidad hipotecada* representa la situación de quienes, aunque comprometidos en proyectos vitales bien definidos, los adoptaron no tanto por propia decisión, sino bajo imposición o presión de los padres o por prolongación de una identificación con un héroe y nunca suficientemente confrontada con la propia realidad.

Igual desviación ocurre con la *moratoria prolongada*, que es el estado de las personas bloqueadas en crisis de identidad, que se debaten en conflictos de valores y profesionales sin llegar a situarse en una dirección ideológica y vocacional.



La sensación de falta de una identidad aceptable puede conducir a una *identidad negativa*

La *identidad negativa* es un sentimiento de falta de una identidad aceptable, que se expresa a través de una hostilidad desdeñosa hacia los roles que se presentan como adecuados o deseables en la propia familia o en la comunidad. Cualquier aspecto del rol exigido, o todo él -masculinidad o femineidad, la nacionalidad, la pertenencia de clase, el trabajo, el estudio- pueden convertirse en el núcleo principal del desprecio del joven.

En la identidad negativa el adolescente parece querer todo aquello que es contrario a las expectativas de su propia sociedad. Tal actitud, no exenta de desesperación, le sirve para demostrar que tiene una manera de ser, ya que una identidad negativa se presenta como preferible a no saber quien se

es ni qué lugar se ocupa en el mundo. Una identidad negativa va acompañada de una sensación de alivio, de “ser alguien”, aun cuando sea definido en términos tales como: un enfermo, un delincuente, un vago, un drogadicto, un bueno para nada.

Quienes trabajan en la educación de jóvenes, ya sea profesionalmente o como voluntarios, deben saber que el reconocimiento de lo realizado por el adolescente de parte de su familia y de la comunidad en que actúa, tiene una gran importancia para la formación de su identidad y previene la formación de una identidad negativa. Es necesario que el joven o la joven experimenten la sensación de que su crecimiento y transformación gradual tienen sentido para quienes los rodean y son importantes para él o ella. La identidad negativa se produce generalmente cuando no se proporcionan vías para la adquisición de una autoimagen positiva, ni existe el apropiado refuerzo social para las actitudes constructivas.



Una persona forzada a adquirir roles adultos puede producir una *identidad prematura*



La *identidad prematura* es un proceso que se produce cuando la persona se ve forzada a adquirir roles adultos, aun cuando sea en relación con algunos aspectos de su personalidad. Se da, por ejemplo, en el caso de los jóvenes obligados por circunstancias económicas o sociales a abandonar el estudio para asumir tempranas responsabilidades en el mundo del trabajo. El adolescente parece aproximarse al comportamiento de un adulto en algunos aspectos, pero integralmente continúa siendo una persona en proceso de formar su identidad. Es otro caso de confusión de identidad, ya que se aparenta el logro de la identidad, pero la madurez aún no llega.

Una moratoria psicosocial se ha presentado como necesaria para alcanzar una identidad estable



El concepto de moratoria psicosocial, de aceptación general hasta un par de décadas atrás, ha sido definido como una postergación socialmente autorizada de la adultez, un período de tolerancia concedido al adolescente que no está en condiciones de afrontar los compromisos del adulto y que necesita disponer de tiempo para hacerlo. Erikson, autor del concepto, lo destaca como un componente esencial a la vez que temporal del desarrollo adolescente, ya que da tiempo para que opere la difusión de identidad, es decir, para que los adolescentes puedan “probar identidades” y estilos de vida. Es un tiempo de ensayo y error que permitiría experimentar roles diversos y que facilitaría la integración paulatina de los diferentes componentes de la identidad final que estructura al joven.

Varios autores han venido sosteniendo que la dialéctica de la realidad no permite las actuaciones “de experimentación y ensayo” que propone el concepto de moratoria. Si bien parece no discutirse que, no obstante sus riesgos, un período de “jugar a la búsqueda de roles” es necesario en la adolescencia, el compromiso que los jóvenes deben asumir con la realidad les impide hacerlo. Son sectores minoritarios de jóvenes los que pueden ser sostenidos económicamente mientras se abocan a un ensayo de roles y a una prolongada preparación para la inserción ocupacional y social. Sólo en estos últimos se podría cumplir la moratoria descrita por Erikson. (Krauskopf, obra citada).



La moratoria adolescente debiera resignificarse de acuerdo al contexto social contemporáneo



Es así como las condiciones existenciales de gran cantidad de jóvenes hacen difícil para ellos lograr durante su adolescencia una identidad sana, estable y consciente. Estos jóvenes, especialmente aquellos pertenecientes a sectores socioeconómicos depreciados, se ven de pronto inmersos, por diferentes causas, en una corriente que los arrastra, aparentemente controlada desde fuera, que genera en sus vidas identidades prematuras parciales que coexisten en un cuadro general de inmadurez prolongada, sintiendo que es poco lo que ellos pueden hacer por cambiar las cosas.

Por otra parte, los jóvenes desean hoy ser más partícipes y sienten tener las capacidades necesarias para obtener más protagonismo, a lo que contribuyen los adultos, los medios de comunicación y los intereses comerciales, no siempre con beneficio para los jóvenes, creando elementos que tipifican una “cultura juvenil” contrapuesta al mundo adulto. Esto no sólo entra en conflicto con la situación antes descrita produciendo una tensión adicional, sino que hace difícil que las expectativas juveniles acepten la prolongación de una moratoria en razón de su inmadurez, menos si es para construir al adulto del mañana definido por los adultos de hoy, en una especie de futuro ya estructurado.

Por último, las condiciones existenciales actuales llevan a enfrentar diferentes dificultades en distintos momentos del ciclo vital y la rapidez de los cambios obliga a los adultos a una formación permanente, por lo que cada vez es menos posible distinguir tajantemente la adolescencia de la edad adulta en función de la preparación para la vida. El proyecto de vida más efectivo no tiene características rígidamente predeterminadas y las biografías se han hecho flexibles y diversificadas.

Estas consideraciones han determinado que numerosos autores postulen que es necesario resignificar la etapa de moratoria adolescente planteada por Erikson. Independientemente de esa cuestión técnica, que escapa al ámbito de esta Guía, es claro que los dirigentes scouts que trabajan con adolescentes no pueden desestimar el impacto que hoy tiene el contexto social en la formación de la identidad personal de los jóvenes. De ahí que dediquemos a ese tema los párrafos siguientes.



El contexto social y la identidad personal



Por las razones expuestas anteriormente, las dos últimas décadas han visto un desplazamiento desde el interés en el mundo interno del adolescente hacia la preocupación por sus vínculos con el contexto social. Se ha puesto más



énfasis en que la identidad no es sólo un tema vinculado con el desarrollo interior de la persona sino también una cuestión social, especialmente en un mundo caracterizado por el cambio acelerado. De ahí que en el análisis de la formación de la personalidad y de la identidad de los jóvenes se ha renovado la importancia de temas tales como los factores políticos y macroeconómicos, la función de la escuela, el papel de la familia, el rol de los amigos, la influencia de los medios de comunicación y otros.



Los jóvenes se ven enfrentados a sociedades cada vez más complejas

El actual contexto en que viven los jóvenes se caracteriza por los constantes cambios que está experimentando la humanidad. Los cambios actuales han influido la concepción de la vida, la visión del mundo, los sistemas de significación y los valores que guían la conducta de cada cual. Es un cambio que afecta las esferas de lo público y de lo privado, lo institucional y lo cotidiano, lo grande y lo pequeño, lo significativo y lo insignificante.

En las dos últimas décadas hemos asistido a un proceso de liberalización de los mercados, a la integración internacional de los mercados financieros y a la caída de las barreras comerciales, lo que ha generado una globalización planetaria. Esto se ha acompañado de un notable desarrollo tecnológico y de una revolución en las comunicaciones. Estos fenómenos tienen repercusiones cotidianas en el Estado, en el trabajo, en la educación, en la pareja, en la familia y en la relación entre padres e hijos.

Desde el término de la guerra fría y la caída del muro de Berlín se esfumaron las tensiones creadas después de la Segunda Guerra Mundial, pero han surgido nuevas diferencias, conflictos y enfrentamientos. Los países desarrollados cada vez lo son más, pero en la periferia permanecen altos grados de subdesarrollo y grandes sectores de la población mundial no consumen diariamente las calorías necesarias para subsistir o permanecen en situaciones de marginación y pobreza. Al interior de los países, especialmente de los que están en vías de desarrollo, la situación es similar: las condiciones de inequidad se mantienen o se agudizan.

En este cuadro las concepciones de lo bueno, lo verdadero, lo bello y lo justo se transforman día a día, alterando las conductas sociales de la gente, produciendo cambios radicales en sus modelos culturales y en los valores en que se fundan las conductas humanas.

Todos estos hechos impactan en el logro de la identidad por parte de los jóvenes. En sociedades menos complejas, la preparación para la vida adulta se reducía a una serie de contenidos impartidos por grupos primarios, fundamentalmente la familia. En la sociedad actual en cambio se requieren competencias y destrezas, profesionales y sociales, cuya adquisición demanda aprendizajes cada vez más amplios y diversificados, prolongando la transición entre la niñez y la vida adulta.



Hay más adolescentes, que desean más protagonismo y que tienen más visibilidad que antes



Debido a variados factores, entre los que se encuentran los avances en salud pública y el aumento en la expectativa de vida, la población aumenta y la mayoría de los niños que hoy nacen sobrevive hasta la edad adulta, lo que hace que la humanidad deba afrontar un desafío cada vez mayor: acomodar más gente, educarla y darle un espacio en un mundo progresivamente más complejo.

En los países en vías de desarrollo, países jóvenes que aún no presentan las pirámides envejecidas de los países más desarrollados, los adolescentes pasan a constituir un porcentaje importante de la población.

Las más altas tasas de natalidad se concentran, además, en zonas rurales o urbanas marginales de bajos recursos, lo que motiva el surgimiento de un número importante de jóvenes que están muy conscientes de los estilos de vida en los países desarrollados y en los grupos de elevados ingresos de sus propios países. Jóvenes que quieren acceder a los logros de la modernidad, pero que se sienten excluidos de estos avances. La cobertura masiva de los medios de comunicación y en especial la llegada de la televisión a los sectores geográficos más apartados o socialmente más excluidos hacen aún más evidentes estas diferencias.



La educación no acoge a todos los sectores sociales ni prepara a los jóvenes para las necesidades actuales



En estas condiciones, la educación sigue siendo la palanca más potente de movilidad social, pero no todos pueden acceder a ella. Con más jóvenes demandando educación, que tienen más expectativas y que provienen de sectores sociales más depreciados, se hace más complejo que dada la actual mentalidad financiera predominante logren acceso equitativo a la educación.

Por otra parte, la oferta educacional, insuficiente en cantidad, no prepara a los jóvenes para los requerimientos laborales del presente. Especialmente en los países en vías de desarrollo la educación se centra en la enseñanza tradicional de corte humanístico, considerando como de menor categoría a oficios y destrezas ligadas a las nuevas tecnologías.

Estas circunstancias determinan que en los países más pobres, no obstante que en las últimas décadas ha aumentado la cobertura educacional y se ha logrado una mayor escolarización de la población, no todos los jóvenes tienen acceso a la educación y muchos de aquellos que egresan no resultan habilitados para las ofertas laborales del presente. Y esto influye en la identidad de los jóvenes mediante ajustes depresivos a la realidad, desvalorización de las propias capacidades, pesimismo respecto de las posibilidades futuras, rebeldías pasivas, autoafirmaciones en protagonismos efímeros y, lo que es peor, conductas de riesgo.



Los más altos índices de desocupación se encuentran entre los jóvenes



Si bien el desempleo se debe a múltiples factores, el desajuste entre los sistemas laboral y educativo ha conducido a que entre los jóvenes se encuentren las más altas tasas de desocupación, lo que genera frustración y la sensación de “ausencia de futuro”, como se ha denominado a la situación antes descrita.

Como los sistemas educativos están inadaptados y no cumplen con el paradigma de movilidad social con el cual crecieron sus mayores, muchos jóvenes abandonan tempranamente sus estudios. Otros deben hacerlo porque sus familias no están en condiciones de enfrentar el costo de una escolaridad excesivamente prolongada. Como consecuencia, los jóvenes tienen dificultades para encontrar trabajo y buena parte de quienes lo logran acceden a empleos precarios, no calificados, con bajos salarios y pocas oportunidades de crecimiento, reconocimiento y proyección social.

La transición al mundo del trabajo implica expandir las posibilidades sociales de la persona, para adquirir desde ahí, en un segundo momento, otras identidades que sólo son posibles gracias al empleo.

El trabajo no sólo entrega cierta autonomía económica, sino que también posibilita la realización de los derechos ciudadanos, el acceso a la información, el establecimiento de vínculos sociales, el logro de un espacio propio y la fundación de una vida en pareja. Al ser el trabajo un valor sobre el que giran éstas y otras posibilidades de realización personal, cualquier problema laboral genera sentimientos de desesperanza.

Por estos motivos las emigraciones de los jóvenes en busca de oportunidades laborales son cada vez más numerosas y frecuentes. Pero ellas, además de quebrantar raíces y lazos afectivos, provocan inadaptaciones culturales y cambios en los estilos de vida, lo que hace más difícil la construcción de la identidad personal.

Es así como los futuros personales dependen en gran medida de los futuros sociales del país y del ámbito socioeconómico al que se pertenece.





Progresiva desideologización y secularización de la sociedad

Los tiempos actuales presencian un crepúsculo de todas las ideologías. Hace cien años se pensaba que ellas podrían explicar muchos fenómenos sociales y que eran capaces de responder a las grandes carencias humanas, mientras que en la actualidad se tiende a desconfiar de los sistemas de ideas y los resultados prácticos se anteponen a la formulación de principios y valores.

Esta actitud relativista, este “realismo desencantado” de muchos intelectuales y líderes de opinión actuales, impacta particularmente a los jóvenes. El adolescente tiende a buscar en forma activa un sentido para su vida. Por largo tiempo la fe y las ideologías proporcionaron un cauce al altruismo e idealismo juveniles. Hoy, al primar una actitud escéptica acerca de las posibilidades de la humanidad, el joven se siente, a veces, obligado a vivir en tiempo presente. Si no se le ofrece un futuro que acometer, sea laboral o en términos de una misión trascendental, el adolescente con razón tiende a vivir el “aquí y ahora”, adoptando actitudes hedonistas con respecto a su propia vida. Muchas de las conductas de riesgo que revisaremos más adelante se relacionan con esta falta de comprensión vital.

Inestabilidad de las estructuras familiares



Para la mayoría, la familia es el marco de la propia biografía. Se nace en una familia, se forma una familia, se vive en una familia, se muere en una familia. La familia también ha sufrido grandes cambios y desafíos en las últimas décadas. Desde luego, ya no existen uno o dos, sino muchos tipos de familia, de configuración cada vez más volátil, donde los adultos disponen de menos tiempo y capacidad para cumplir tareas docentes respecto de sus integrantes jóvenes. Las tasas de divorcio tienden a aumentar, superando en algunos países más de la mitad del total de matrimonios contraídos, como han venido dando cuenta los Informes Mundiales de Desarrollo del PNUD en los últimos años.

Cuando falta el trabajo como espacio social desde donde construir la identidad, la familia y los amigos sustentan el deseo de ser aceptado y recibir afecto y reconocimiento. Pero si también declina la calidad de la vida familiar, disminuyendo el afecto mutuo, la comunicación o el interés por la superación de los jóvenes, se les priva de un sostén esencial y de una importante fuente de identificación.

En muchos casos en que la vida familiar mantiene una cierta intensidad, se observa sin embargo que los padres son más permisivos que las generaciones anteriores, muchas veces porque se ha generalizado una cierta adolescentización de los propios adultos. De esta forma los padres tienden a depositar en el sistema escolar la responsabilidad por la educación de sus hijos.

Sin embargo, al estar la escuela centrada básicamente en la información y en la capacitación para la competencia laboral, aunque no siempre lo logre satisfactoriamente, se produce como resultado que ciertas áreas quedan abandonadas y se convierten en “tierra de nadie”, como es el caso de las habilidades sociales, la formación en valores o la *historia de propósito* de una sociedad o cultura.

No obstante que esta crisis de la familia impacta poderosamente a los jóvenes, es interesante ver como los mismos jóvenes señalan en las encuestas que uno de los elementos cruciales de su propio proyecto de vida es el poder formar una familia. A pesar de que muchos provienen de hogares con problemas, todos esperan superar éstos y no repetir los errores que piensan que cometieron sus padres, lo que constituye un poderoso signo de esperanza. Esta circunstancia, sumada a otros factores, ha llevado a muchos estudios a considerar que se está produciendo una resignificación, por ambas partes, de la relación entre hijos y padres.

La ausencia de modelos refuerza el grupo de pares y “ser joven” aparece como identidad



Además de la familia, el proceso de construcción de la identidad necesita de adultos que se hagan presente en la vida de los jóvenes en forma positiva y significativa, constituyéndose en modelos de ser, estar y convivir con los demás. Sin embargo, por distintas causas, estos adultos son escasos, y cuando están presentes su imagen mayoritaria oscila entre una escucha ficticia y devaluada y un manejo con cierta tendencia autoritaria, lo que produce desorientación. Por supuesto que son necesarios adultos capaces de acompañar el crecimiento con honestidad y lucidez, con una actitud docente apropiada, en calidad de *educadores emocionales*, como lo propone el Movimiento Scout, pero el estilo de vida contemporáneo los hace menos frecuentes.

Paralelamente, la necesidad de pertenencia no está siendo satisfecha por las instituciones tradicionales. Estado, partidos políticos, sindicatos, iglesias, instituciones culturales y otros tienden a perder legitimidad y confiabilidad en la percepción de los jóvenes.



Privados de héroes adultos o de modelos que no sean sus propios padres, los jóvenes se ven progresivamente impelidos hacia los únicos seres con quienes pueden entenderse: otros jóvenes. Pasan juntos mucho más tiempo que antes y son cada vez más sensibles a las influencias de sus compañeros. En vez de admirar a un tío o tener como modelo a un maestro o a un líder social, se tiende a adorar cualquier ídolo, no necesariamente un héroe. El grupo se forma con sus propias y peculiares características de “tribu” y sus propios caprichos, modas, ídolos y villanos.

En algunos casos la tribu, desde el simple e inocente grupo de amigos del vecindario hasta las situaciones más extremas de grupos juveniles de opciones abiertamente delictivas, puede llegar a poseer un sistema de simbolismo expresivo, mitos y rituales, muy exclusivos y completamente distintos de los aceptados socialmente.

Es así como el grupo de pares, además de las funciones que normalmente cumple en esta edad y que destacamos en varias partes de esta Guía, se convierte en proveedor de identidades sustitutivas de aquellas que no pudieron ser alcanzadas. Dada la permanencia prolongada en el estatus adolescente, por lo menos con relación al logro de la madurez, esta circunstancia posibilita la construcción de subculturas juveniles. El mundo adulto, y particularmente los medios de comunicación y la publicidad, atentos al fenómeno y con evidentes propósitos de consumo, han erigido el “ser joven” como una alternativa permanente a lograr, juvenilizando la cultura y retrasando el logro de la identidad.



La informática produce realidades virtuales que abren nuevas rutas a la identidad pero que también presentan riesgos



Sin duda las redes de información y el ciberespacio inauguran canales para la elaboración de identidades, ya que producen nuevas y diversas subjetividades y permiten que los jóvenes entren en contacto con fenómenos, aplicaciones técnicas, expresiones culturales y ámbitos internacionales antes desconocidos. Su aporte es innegable.

Al mismo tiempo las tecnologías de la informática acentúan la brecha intergeneracional, ya que son enfrentadas de modo radicalmente diverso por adultos y jóvenes. A los mayores les da miedo que los jóvenes “respiren el tecnomundo” y para los jóvenes éste es parte del mundo en que nacieron. Las distancias generacionales con los adultos se modifican: ahora los jóvenes manejan habilidades tecnológicas que los adultos no manejan.

Paralelamente, hay que mencionar que el ambiente virtual es éticamente ascético, contribuyendo a la formación de la identidad de una manera que prescinde del trasfondo valórico de los hechos que presenta. Más aún, la información disponible en la red virtual, a la que cualquiera puede acceder, no distingue la capacidad de valorar del usuario que está interactuando, con los riesgos previsibles. A mayor abundamiento, la información proporcionada en el ciberespacio está rodeada del aura de autenticidad que antes se atribuía a la noticia escuchada por la radio, como si fuera verdadera por el solo hecho de ser emitida, lo que incrementa el riesgo para los jóvenes en la bilateralidad solitaria en que habitualmente se da esta relación. Tal soledad no es menor, ya que la radio o la televisión permiten la participación y reacción grupal, posibilitando que la información emitida se socialice, se matice o se corrija en el grupo, lo que no es factible cuando el joven interactúa solo ante el ciberespacio.

Los distintos aspectos de esta realidad, de la cual hemos mencionado sólo algunos, han comenzado a preocupar a los agentes educativos, pero en las diferentes culturas aún no se han generalizado medios alternativos protectores, salvo cuando se refiere a situaciones extremas, que es el caso de los delitos cibernéticos como la pornografía infantil o las redes de pedofilia, que movilizan con más fuerza la sensibilidad de la opinión pública y de las autoridades.

Por último, en el aspecto socioeconómico, el alfabetismo cibernético contribuye a aumentar la brecha social, incrementando la aproximación y articulación internacional para los grupos de mayores recursos económicos, al mismo tiempo que aumenta el aislamiento de los sectores más pobres.

De ahí que el impacto de las tecnologías de la información debe ser considerado desde las diferentes perspectivas en que influye en la formación de la identidad, sin prevenciones ni entusiasmos desmedidos.



La identidad se manifiesta de forma diferente cuando se rompe la secuencia en que se han supuesto las etapas del desarrollo

Las circunstancias del contexto social antes expresadas están alterando para muchos jóvenes la secuencia en que se han supuesto tradicionalmente las etapas y tareas del desarrollo, especialmente para aquellos que pertenecen a sectores sociales en condiciones de pobreza o de exclusión. Tales etapas y tareas no ocurren para muchos jóvenes en el orden lineal esperado. La finalización de la adolescencia, por ejemplo, ha dejado de ser un hito que se pueda definir con parámetros fijos. Hay personas que empiezan a ganarse la vida tardíamente o no se casan nunca, no forman familia o se casan después de tener hijos, estudian más tarde de lo previsto y simultáneamente trabajan.

A lo anterior se debe agregar que la tensión existente entre una cultura de alta velocidad y la lenta actualización de los planes escolares, debilita la función tradicional de la escuela y de los adultos en la búsqueda de un sentido para la vida. El mundo impredecible que se anuncia a nivel mundial debido a la interacción rápida de diferentes factores, dificulta percibir un horizonte global que estimule fundar la vida en la proyección de la adultez actual, lo que lleva a los jóvenes a priorizar el presente.

Aparece una nueva estabilidad basada en la flexibilidad y no en el futuro como eje ordenador del presente



Surge así una estabilidad basada en la flexibilidad, en la valoración de una amplia diversidad de alternativas, en el aprendizaje permanente de destrezas emocionales y sociales de amplia aplicabilidad, que permitan enfrentar los cambios y la incertidumbre con imaginación, participación y expresión transformadora.

El futuro deja de ser el eje ordenador del presente y son las condiciones del presente las que permiten dar pasos que vayan construyendo el futuro. La calidad del presente es un factor determinante en la posibilidad de que los jóvenes proyecten su quehacer con esperanza.

La modernización y la globalización incrementan la necesidad de los adolescentes de encontrar los elementos para organizar su comportamiento y dar sentido a su relación presente con el entorno. Con la modernización y la globalización ha disminuido el dominio directo de la familia y del sistema escolar sobre el contexto social. Este ha pasado a manos de redes más abiertas, atravesadas por influencias multiculturales y por otras instituciones socializadoras, como los medios de comunicación y el ciberespacio.

Conductas de riesgo, factores protectores y resiliencia



Todos los jóvenes pueden enfrentar situaciones de riesgo



El desarrollo lleva a los adolescentes por muchos caminos a diversos desenlaces. La mayoría de éstos, como se analizó anteriormente en el estudio de Offer, pueden considerarse normales, sabiendo que la normalidad absoluta es una utopía. Para este caso entendemos por “normalidad” la situación de un joven o una joven inserto en una familia, que asiste a la escuela, que está rodeado de un grupo de amigos, que está conectado al mundo y que por distintos medios emite señales de que está en camino de lograr su identidad personal.

Pero al mismo tiempo, es claro que el desarrollo de los adolescentes puede verse perturbado por acciones, voluntarias o impensadas,

originadas en su mundo interno o provenientes del contexto social, que pueden llevarlos a consecuencias nocivas para su salud y su vida. Muchas de estas acciones son consecuencia de comportamientos riesgosos. Florenzano señala que “el concepto de joven de alto riesgo se ha popularizado en los últimos tiempos pensando en que si conocemos los factores que llevan a estas conductas arriesgadas, estaremos en mejor posición para prevenir las consecuencias de éstas e incluso para tratarlas mejor cuando se presenten”.



Las conductas de riesgo obedecen a causas identificadas y producen consecuencias conocidas

La conducta de alto riesgo, definida como una conducta que contiene la mayor probabilidad de que se produzcan consecuencias negativas para la salud, está dentro de un esquema causal, precedida por antecedentes y seguida de consecuencias.



Entre los **antecedentes** de las conductas de riesgo se pueden considerar diversos elementos: a) *características sociodemográficas*: sexo, edad, educación de los padres, extracción rural o urbana, ambiente sociocultural; b) *características individuales*: como nivel educacional, resultados escolares, religiosidad, características de personalidad; c) *características familiares*: grado de cohesión, flexibilidad, calidad de la comunicación; d) *factores comunitarios*: como sistema educacional en el que participa, grupo de pares, medios de comunicación de masas que llegan al joven; y e) *factores macroeconómicos*: como la situación del empleo, las oportunidades educacionales, el nivel de ingresos y otros.

En el recuento anterior se podrá apreciar que casi todos los antecedentes de las conductas de riesgo están relacionados con el entorno y que son pocos los que provienen exclusivamente del mundo interno del adolescente, lo que refuerza el énfasis puesto en las últimas décadas en la influencia del contexto social en la formación de la identidad personal, como antes se analizó en detalle.

Las **conductas de riesgo** constituyen un conjunto amplio, pudiendo mencionarse las más relevantes: drogadicción, sexualidad prematura, delincuencia y otras conductas violentas, deserción y bajo rendimiento escolar y alteraciones alimentarias como bulimia y anorexia nerviosa. Las conductas antes mencionadas tienden a no distribuirse en forma aleatoria entre todos los adolescentes de una población dada, sino a concentrarse en un subconjunto de éstos que habitualmente presenta característica de riesgos. Son los mismos adolescentes que consumen drogas y que tienen relaciones sexuales precoces, los que manifiestan conductas sociales desviadas y bajo rendimiento escolar.

Las **consecuencias** de las conductas anteriores en términos de problemas de salud han sido estudiadas suficientemente. Mencionemos sólo a modo de ejemplo las alteraciones neuropsiquiátricas producto del consumo prolongado y masivo de sustancias químicas, las complicaciones obstétricas de los embarazos tempranos, las menores oportunidades laborales de los jóvenes que desertan tempranamente del sistema escolar y las consecuencias sociales y familiares de las conductas delictivas.

Estas consecuencias tienen un costo alto para las personas y para los sistemas sanitarios y judiciales de los países, que deben financiar constantemente el tratamiento y los procesos de muchos adolescentes. La tendencia actual considera que una labor preventiva centrada en las conductas de riesgo y sus factores antecedentes es una mejor inversión que estar focalizando las intervenciones en la terapia o rehabilitación de drogadictos, sobre todo cuando las investigaciones reiteran que los factores que llevan a la drogadicción y a la delincuencia tienden a ser los mismos.



Los factores protectores disminuyen el riesgo

Conjuntamente con el análisis de las conductas de riesgo, el foco de la atención científica se ha centrado en el concepto de **factores protectores**, los que han sido definidos por Jessor como “aquellos recursos personales, sociales e institucionales que promueven el desarrollo exitoso del adolescente o que disminuyen el riesgo de que surja un desarrollo alterado”. (Richard Jessor, profesor del Departamento de Psicología de la Universidad de Colorado, USA, autor del concepto de “conducta de riesgo”).

La historia del concepto *factor protector* se remonta a la fuerza del Yo, del psicoanálisis, que alude a la capacidad interna de enfrentar situaciones estresantes. En el mismo sentido, Hollister se refirió al *strens*, contraponiéndolo al *stress*, para aludir a aquellas experiencias que promovían el crecimiento y desarrollo personales. (William G. Hollister, psiquiatra, Escuela de Medicina, Universidad de Carolina del Norte, USA). **En los últimos cincuenta años se han efectuado numerosos estudios longitudinales y experiencias, de los cuales destacamos el desarrollado en la comunidad de Kauai, en Hawai, por Werner y Smith, que siguieron por más de dos décadas a seiscientos jóvenes que habían sido expuestos en su niñez a importantes factores de riesgo y que sin embargo fueron capaces de transformarse en jóvenes autónomos y competentes que “trabajan bien, juegan bien, aman bien y tienen esperanzas en su futuro”.** (Emmy E. Werner y Ruth S. Smith, Cornell University, NY, USA).

Siguiendo a Florenzano (obra citada), mencionamos a continuación algunos de los factores protectores encontrados por varios estudios empíricos:

- Una relación emocional estable por lo menos con uno de los padres u otro adulto significativo.
- Redes sociales existentes tanto dentro como fuera de la familia: parientes, vecinos, profesores, religiosos, pares.
- Clima educativo abierto, positivo, orientador, con normas y valores claros.
- Modelos sociales que refuercen el enfrentamiento positivo de los problemas, representados por padres, hermanos, profesores o amigos.
- Balance adecuado entre responsabilidades sociales y expectativas de logro. Incluye desde su rendimiento escolar hasta responsabilidades menores, como las tareas y rutinas domésticas, que infunden el valor de la responsabilidad cotidiana.
- Competencias cognitivas: nivel intelectual promedio, destrezas de comunicación, empatía, capacidad de planificación realista.
- Características temperamentales que favorezcan el enfrentamiento efectivo de sus dificultades, tales como flexibilidad, orientación optimista a los problemas, capacidad de reflexionar y controlar los impulsos, habilidades sociales.
- Experiencia de autoeficacia, confianza en sí mismo y autoconcepto positivo.
- Actitud proactiva frente a situaciones estresantes.
- Experiencia de sentido y significado de la propia vida: fe, religión, ideología, coherencia valórica.





La vivencia del método scout es en sí misma un factor protector

La práctica del método scout, aplicado en su integridad, contiene tal cantidad de factores protectores que bien podríamos decir que el método es “un programa protector” ante las conductas de riesgo. De hecho, el Movimiento nació a comienzos del siglo veinte para ayudar a jóvenes ingleses de sectores sociales en riesgo a enfrentar el “costo social” de la revolución industrial. La historia y la experiencia diaria de los dirigentes scouts pueden dar testimonio de la baja presencia de conductas de riesgo entre jóvenes participantes en el Movimiento.

El cuadro siguiente relaciona los elementos del método scout con los factores protectores antes identificados.

Relación entre factores protectores y método scout

Factor protector	Aporte del método scout
Una relación emocional estable por lo menos con uno de los padres u otro adulto significativo.	• Presencia estimulante de dirigentes voluntarios adultos capacitados, que saben aparecer, desaparecer y reaparecer, y que actúan revelando aquello que para los adolescentes solos permanecería oculto. Un dirigente con estas características, actuando como un hermano mayor, acompaña y evalúa el crecimiento de un máximo de 6 jóvenes.
Redes sociales existentes tanto dentro como fuera de la familia: parientes, vecinos, profesores, religiosos, pares.	• Comunidad de vida que se forma en pequeños equipos o grupos de trabajo constituidos por amigos, junto a los cuales se comparte y se realizan actividades y proyectos. • Hermanidad del Movimiento Scout, a nivel local, nacional e internacional, animada por valores comunes y que actúa como organización de respaldo. • Redes de apoyo técnico, integradas por expertos en el aprendizaje de especialidades (scouts) y en la adquisición de competencias (Caminantes).
Clima educativo abierto, positivo, orientador, con normas y valores claros.	• Vida de grupo: atmósfera de participación y aprendizaje que se logra en las estructuras scouts como resultado de la aplicación conjunta de todos los elementos del método scout. • Ley y Promesa: valores y códigos de conducta a los cuales los jóvenes adhieren libremente. • Énfasis en la coherencia de la conducta con dichos valores y códigos, y testimonio personal de los dirigentes en el mismo sentido.
Modelos sociales que refuercen el enfrentamiento positivo de los problemas, representados por padres, hermanos, profesores o amigos.	• Presencia estimulante de dirigentes adultos. • Educación por los pares, que actúan como mentores, tutores y mediadores. • Vida de Grupo. • Sistemas de participación y toma de decisiones que funcionan en los distintos niveles como aprendizaje de la vida democrática.

Balance adecuado entre responsabilidades entregadas y expectativas de cumplimiento. Incluye desde su rendimiento escolar hasta responsabilidades menores, como las tareas y rutinas domésticas, que infunden el valor de la responsabilidad cotidiana.	• Sistema de objetivos personales de crecimiento adoptados por los propios jóvenes; seguimiento del avance en el logro de esos objetivos; y evaluación de los resultados obtenidos, realizada por el propio joven y sus pares. • Aprendizaje por la acción a través de la ejecución continua de actividades y proyectos, que permite el aprendizaje en el momento oportuno. • El juego como espacio de exploración y experimentación. • Actividades de servicio que operan como espejo y permiten asumir la realidad. • Vida en naturaleza, que posibilita medir las propias capacidades enfrentando los desafíos de los ritmos naturales.
Competencias cognitivas: nivel intelectual promedio, destrezas de comunicación, empatía, capacidad de planificación realista.	• Sistema de equipos, que favorece la socialización del aprendizaje. • Programa de especialidades y competencias que proporciona conocimientos y habilidades en campos específicos elegidos por los jóvenes. • Ciclo de programa: sistema participativo y periódico de diagnóstico, planificación y evaluación del programa de actividades, dirigido por los propios jóvenes.
Características temperamentales que favorezcan el enfrentamiento efectivo de sus dificultades, tales como flexibilidad, orientación optimista a los problemas, capacidad de reflexionar y controlar los impulsos, habilidades sociales.	• Vida de grupo. • Autoevaluación y evaluación por los pares del avance en el logro de los objetivos personales de crecimiento adoptados por los jóvenes. • Habilidades y actitudes adquiridas por la participación en los ciclos de programa: diálogo, consenso, asertividad, empatía, flexibilidad y otras.
Experiencia de autoeficacia, confianza en sí mismo y autoconcepto positivo.	• Procesos de evaluación de la progresión personal. • Aprendizaje por la acción. • Desarrollo de habilidades de liderazgo como resultado de la participación permanente. • Reconocimiento del avance en el logro de los objetivos personales mediante la aprobación de etapas, entrega de insignias de progresión y otros estímulos.
Actitud proactiva frente a situaciones estresantes.	• Vida de Grupo. • Evaluación por los pares. • Aprendizaje a través del juego y el servicio. • Vida en naturaleza. • Desarrollo de habilidades de liderazgo.
Experiencia de sentido y significado de la propia vida: fe, religión, ideología, coherencia valórica.	• Ley y Promesa. • Énfasis en la coherencia espiritual y social, testimonio de los dirigentes y relevancia que se da a la palabra dada. • Desarrollo de la espiritualidad, vivencia de la fe y práctica de su opción religiosa. • Marco simbólico apropiado a cada edad, que da un sentido a los desafíos progresivos. • Construcción de un proyecto de vida a medida que culmina la adolescencia.



La resiliencia es un factor protector que permite rebotar en la adversidad

La resiliencia consiste en la capacidad de una persona o de un sistema social de vivir bien y desarrollarse positivamente de una manera socialmente aceptable a pesar de las condiciones de vida difíciles. Si bien esta capacidad ha existido siempre, el concepto y su nombre se han desarrollado recientemente.

Vanistendael (Stefan Vanistendael, sociólogo y demógrafo belga, Universidad de Lovaina, Bruselas. Director de la Oficina Internacional Católica de la Infancia, Ginebra, Suiza) distingue dos componentes en la resiliencia: la **resistencia** frente a la posibilidad de destrucción, o sea, la capacidad de proteger la propia identidad bajo presión; y la **capacidad de construir** un estilo de vida positivo pese a circunstancias difíciles.

Un ejemplo hermoso y a la vez dramático de resiliencia es una frase que la joven judía Ana Frank escribió en su famoso diario, encontrado en 1944 en Amsterdam, después de su muerte: “Yo no pienso en toda la miseria, sino en toda la belleza que aún persiste. Esta es una de las cosas que nos hace tan distintas a mi mamá y a mí. Su consejo, cuando una está melancólica es: “piensa en toda la miseria que hay en el mundo que a ti no te toca”. Mi consejo es “sal para afuera, sal al campo, goza de la naturaleza y del sol. Trata de recapturar la felicidad en ti misma y en Dios. Piensa en toda la belleza que todavía queda alrededor tuyo. Sé feliz”.

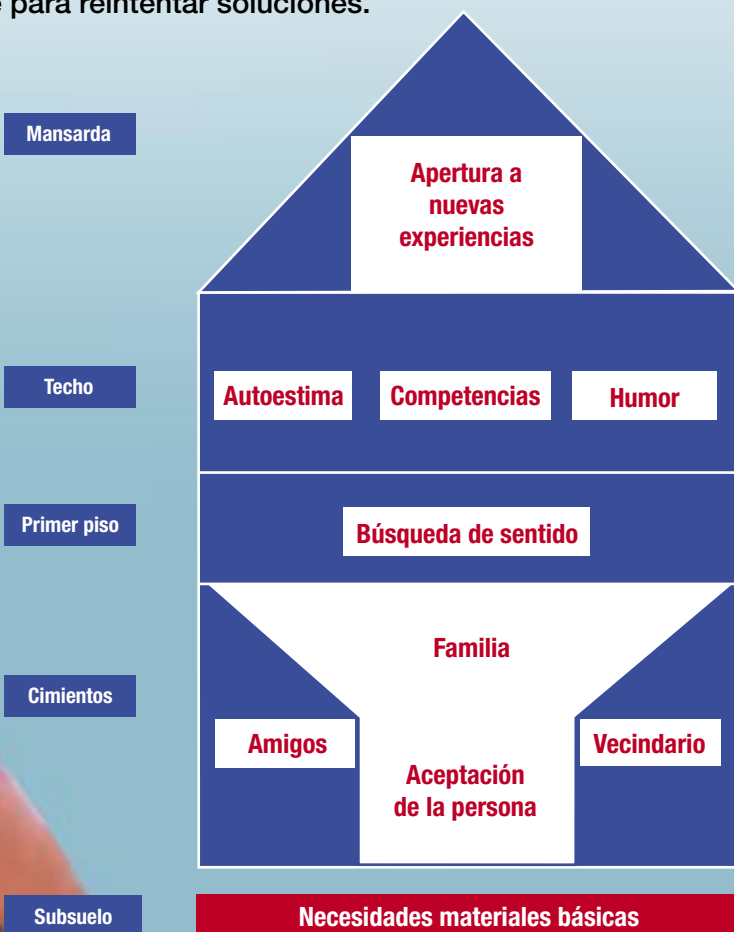
Los cinco ámbitos interrelacionados que permiten desarrollar la resiliencia son:

1. **Redes de apoyo social:** la posibilidad de tener a alguien en quien confiar, de poder conversar con alguien, de ser aceptado incondicionalmente, es un tema de importancia para todo joven. Esta experiencia debiera ser básicamente entregada por la familia, y cuando la familia no muestra preocupación por el niño la carencia emocional puede llevar a múltiples trastornos patológicos en la vida adulta. Los grupos informales de amigos pueden también proporcionar este tipo de apoyo, lo que explica su influencia en los jóvenes.



2. **Sentido de la vida:** la búsqueda de sentido es uno de los aspectos más importantes para sostener a las personas en momentos difíciles, especialmente durante la adolescencia, en que la búsqueda de significado y trascendencia es particularmente acuciante. La fe religiosa tanto como la adopción de una aptitud científica e inquisitiva son maneras de enfrentar y contestar muchas de las preguntas que se hacen los adolescentes sobre el sentido de la existencia.
3. **Desarrollo de aptitudes sociales y destrezas de resolución de problemas:** el desarrollo de estas capacidades es un factor que permite resolver situaciones críticas. Tener la sensación de que se es capaz de manejar la situación y saber que es mejor una actitud proactiva que una reactiva es una capacidad central de las personas resilientes.
4. **La autoestima:** ella juega un papel central para superar las circunstancias difíciles. La actitud positiva de los padres, los logros sucesivos obtenidos por los jóvenes, la estimulación de sus pares contribuyen a elevar la autoestima de los jóvenes.
5. **El sentido del humor:** es un elemento necesario para recuperarse de muchos problemas y fracasos: tomar la suficiente distancia para poder reírse de las propias dificultades otorga la energía suficiente para reintentar soluciones.

Estos conceptos de Vanistendael se ilustran en el gráfico siguiente conocido como “la casita de Vanistendael”, en la cual trata de resumir los diversos factores que influyen en el desarrollo de la resiliencia.



La resiliencia no elimina el riesgo sino que convierte la adversidad en oportunidad



La resiliencia no es “absoluta” ni “estable”, por lo cual los jóvenes nunca son absoluta ni permanentemente resilientes, pudiendo sufrir altibajos dependiendo de los niveles de presión o estrés a que se encuentre expuesta su identidad personal. Se puede decir con más propiedad que una persona “está resiliente” a que “es resiliente”. De ahí que la resiliencia dependa de la capacidad de los jóvenes de ir desarrollando “anticuerpos”, “escudos” o inmunidades que les permitan resistir los daños o los riesgos que encuentran en su camino, creando una percepción optimista sobre las situaciones, generando la capacidad de actuar sobre ellas, atenuando sus efectos negativos y transformándolas en factor de superación.

No se trata de alejarse de las situaciones de riesgo de la vida, lo que no siempre es posible ni necesariamente deseable, sino de tener la capacidad de estar preparado para convertir los tropiezos de la vida en oportunidades para el desarrollo personal y para el éxito.

Por ese motivo analizamos el concepto de resiliencia en esta Guía, ya que todas las condiciones que se señalan por distintos autores como productoras de esta capacidad, están presentes en una Comunidad de Caminantes, siempre que el método se aplique en su plenitud.

“Estar resiliente” supone lograr ciertas capacidades internas



Los autores Wolin & Wolin (Steven y Sybil Wolin, *The Resilient Self*, New York, USA, 1993) abordan la resiliencia desde una perspectiva interna de la persona, no refiriéndose tanto a los factores externos que desarrollan la resiliencia, sino a las capacidades internas logradas por la persona y que le permiten “estar resiliente”. En razón de esta diferencia con el análisis de Vanistendael, nos ha parecido conveniente dar cuenta de esta perspectiva.



- a) *Introspección* que sería la capacidad de examinarse internamente, plantearse preguntas difíciles y darse respuestas honestas, lo que permite situar un problema en el lugar que le corresponde, reduciendo la ansiedad y la culpa. La introspección ayuda también a conocer, a saber lo que pasa alrededor, a comprender las situaciones y adaptarse a ellas.
- b) *Independencia*, que es la capacidad de establecer límites entre uno mismo y ambientes adversos. En la adolescencia, esto se refleja en la capacidad del joven para no involucrarse en situaciones conflictivas, aprendiendo a vivir en forma más autónoma.
- c) *Capacidad de relacionarse*, que se refiere a la capacidad para establecer lazos íntimos y satisfactorios con otras personas. En la adolescencia esta capacidad está presente en la habilidad para hacer amigos entre sus pares y establecer redes sociales de apoyo.
- d) *Iniciativa*, que se refleja en hacerse cargo de los problemas y ejercer control sobre ellos. En la adolescencia se manifiesta en la capacidad de estudio, la práctica deportiva, la realización de actividades extraescolares.

- e) La *creatividad*, es señalada por estos autores como la quinta aptitud resiliente y se refiere a la capacidad de imponer orden, belleza y abordar con un propósito a las situaciones de dificultad o conflicto. En la adolescencia esta capacidad se refleja en el desarrollo de habilidades artísticas tales como escribir, pintar, bailar, componer música.
- f) La *moralidad*, que también se entiende como *conciencia moral o ideología personal*. Un joven resiliente es capaz de establecer juicios morales con independencia, desarrollar el sentido de la compasión, la justicia y la lealtad. Para todo ello es necesario que el adolescente desarrolle valores propios.
- g) El *sentido del humor*, alude a la capacidad de encontrar lo cómico en la tragedia. Ella permite al adolescente reducir el impacto de los problemas vividos y renueva las fuerzas para intentar nuevas soluciones.



La familia mantiene su rol como factor protector

En varios párrafos anteriores hemos dicho que para el adolescente la opinión de los pares y el mundo exterior reemplazan progresivamente al ámbito familiar. Sin embargo, la ruptura total nunca se produce y la calidad de la interacción con la familia sigue siendo un factor protector para cualquier conducta de riesgo.

La capacidad de empatía de los padres facilita la aparición de conductas sociales positivas y el apego entre padres e hijos influye en el funcionamiento emocional y promueve el autocontrol de los jóvenes. Alvy ha resumido las funciones de la familia en cuatro categorías relacionadas entre sí, las que los padres cumplen durante toda la adolescencia, no obstante el papel

progresivamente importante de los pares y de la escuela.

(Kerby T. Alvy, doctor en psicología clínica, Director Center for the Improvement of Child Caring, Studio City, California, USA).



1. **Satisfacer las necesidades básicas.** La sobrevivencia y crecimiento del adolescente dependen de la prioridad que los padres den a su tarea de proporcionar a sus hijos alimentación, techo y acceso a la educación y a la salud. La capacidad de los padres de cumplir esta tarea está ligada a su nivel de ingresos y a su educación; y cuando no pueden cumplirla, los jóvenes deben procurarse en forma prematura su propia subsistencia.
2. **Función protectora.** Los padres protegen la integridad física, psicológica, cultural y espiritual de sus hijos. Lo hacen monitoreando las actividades del adolescente, supervisando y colocando límites. Aunque la implementación de esta función es compleja y variable, ya que los padres deben lograr un equilibrio entre la supervisión y la actitud controladora e intrusiva, el cumplimiento de esta función se correlaciona con una menor frecuencia en las conductas de riesgo.

En la medida en que ambos padres tienden a pasar menor tiempo en casa y en que los adolescentes adquieren mayor movilidad, es más difícil realizar el monitoreo en forma cercana, por lo que es conveniente enseñar a los jóvenes *destrezas de autocuidado*, que implican preparar al adolescente para velar por su propia seguridad física y psicológica.



3. **Apoyo y guía para el crecimiento y desarrollo.** Esta función implica promover todos los aspectos del desarrollo de los jóvenes: corporal, intelectual, ético, afectivo, social y espiritual. Los padres proporcionan información, fijan límites, se comunican por distintas formas y son testimonio de las conductas y valores que proponen.

Entre las competencias necesarias para cumplir esta tarea, Alvy menciona la capacidad de los padres de hacerlo en forma afectuosa, colocando exigencias suficientemente elevadas pero no imposibles de cumplir, con una aproximación participativa, con una capacidad adecuada de comunicación, modelando para los adolescentes roles positivos y transmitiendo una actitud adecuada de resolución de problemas. Esas actitudes, que Alvy llama *estilos de crianza*, mantienen un apego seguro y cariñoso al mismo tiempo que permiten fijar expectativas claras con relación a la obtención de conductas maduras por parte del adolescente. El ejemplo de los padres siempre será más importante que los discursos sobre cómo hay que comportarse, ya que la transmisión de principios y valores se hace mucho más de modo no verbal que verbal, por medio de la observación del joven sobre cómo se comportan sus padres en diversas circunstancias.

4. **Función de apoyo en relación al medio externo.** Otro modo de ayudar a los jóvenes es la capacidad de los padres de conectar al hijo con expertos, grupos e instituciones que pueden ayudar en su desarrollo. Confiar en las elecciones que el adolescente haga en este sentido y apoyarlo en implementar sus planes, es un modo efectivo de mejorar su autoestima.

En atención al rol que cumple la familia y dada su importancia en la prevención de las conductas de riesgo, el Movimiento Scout propone a los dirigentes que en esta edad desempeñen su acción en estrecho contacto con los padres de los Caminantes. Por el mismo motivo, en otros capítulos entregaremos algunas orientaciones.

